EL PIRATA NEGRO

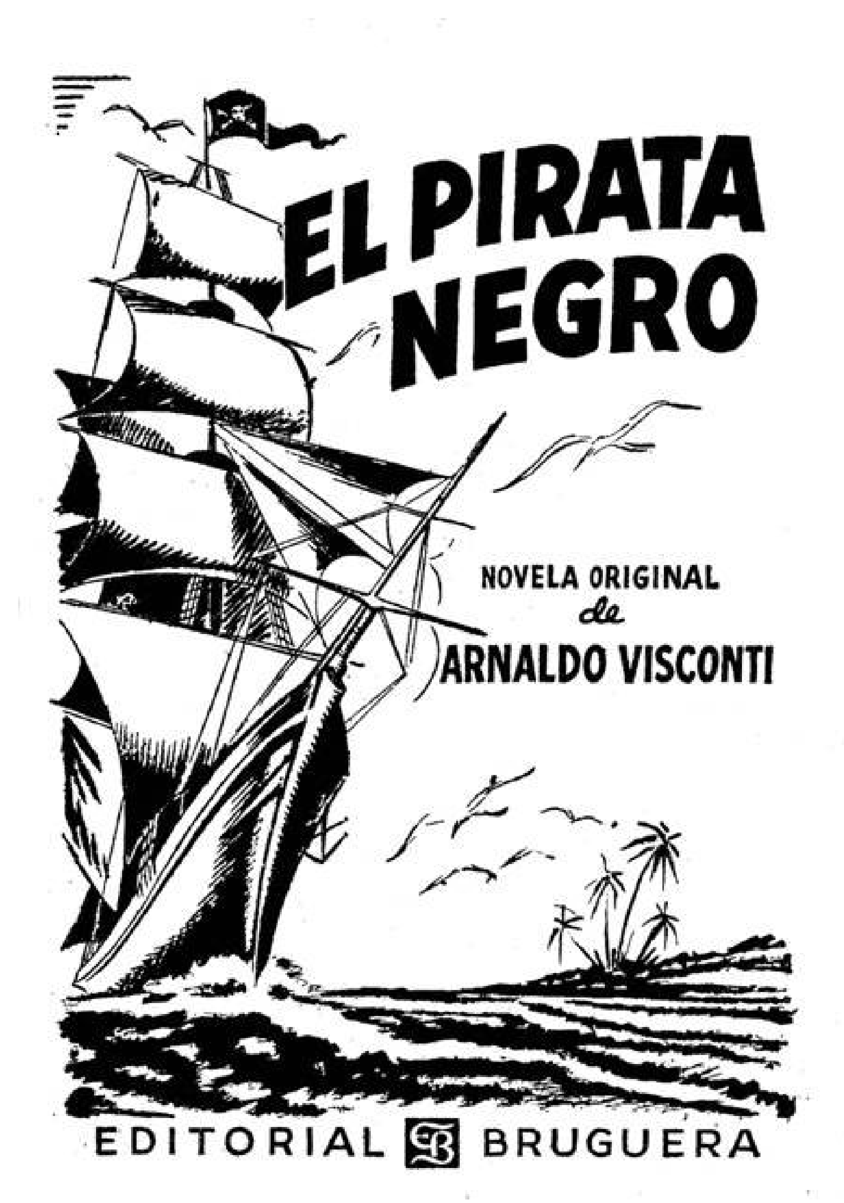
CONTIENE
UN EPISODIO
COMPLETO

por ARNALDO VISCONTI

PROVENSAL

3
PTAS

ESCALA EN TENERIFE


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Escala en Tenerife

Colección El Pirata Negro n.° 46

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


ESCALA en TINERFE

PRÓLOGO

Los “gangsters” del pasado

Cada época marca con sus conceptos morales el uso de determinadas prácticas. En nuestros tiempos, ha adquirido un siniestro renombre la imagen del negrero, y lo equiparamos a un monstruo desprovisto del más elemental concepto de humanidad.

Pero en los siglos XVII y XVIII, cuando el comercio del “ébano” estaba en su apogeo, no se consideraba al negrero como delincuente ni como malvado y no contaba con la reprobación mundial, como ocurría con los héroes indignos, pintorescos, sin fe ni ley, que enarbolaban pabellón pirata.

Por salvaje que pueda parecer el comercio negrero, y por crudamente sanguinarias que resultasen muchas de sus aventuras, el armador y el capitán de un barco negrero, eran las más de las veces un comerciante honesto, un marino escrupuloso, o un gentilhombre adinerado que gozaba de la estima de todos sus conciudadanos.

Para la comprensión de esta situación que puede parecer inmoral hoy en día, debe tenerse en cuenta que existían argumentaciones puritanas y otras más sinceras que calificaban el tráfico de esclavos como un “beneficio del progreso” que “civilizaba” al salvaje africano, concediéndole la merced de colaborar a la prosperidad de las nuevas regiones agrícolas.

No resultaría muy difícil elaborar un “Quien es quien”, siguiendo todos los puertos atlánticos, que demostrase que muchas riquezas y títulos nobiliarios aun contemporáneos fueron adquiridos con doblones, piastras, libras y luises obtenidos en la trata y el peligroso transporte del “ganado negro” entre África y las islas y continente americano.

Un solo ejemplo bastará, citando el nombre de una noble

familia, recientemente extinguida: los Walsh de Serrent, franco-ingleses, grandes señores legitimistas bajo la restauración, después de haber sido aristócratas en los Estados Generales, fueron los creadores de una sociedad por acciones: la Compañía de Angola instituida para monopolizar la trata de negros en aquel paraje ecuatorial.

Multitud de leyes estatales daban carácter de comercio legal a ese tráfico, y constituye un archivo curioso el conjunto de fechas importantes de la historia de la trata de negros:

1442. - Antón Gonsalves introduce en Portugal diez negros, obtenidos en el Río de Oro a cambio de prisioneros moros.

1446. - Las naves portuguesas de Enrique el Navegante llegan al Senegal.

1450. - Los portugueses llevan doscientos negros de Arguin a Portugal.

1460. - Diego Gomes descubre y bautiza Sierra Leona.

1471-80. - Los exploradores portugueses descubren la Costa de Oro, el delta del Niger, Fernando Pon y Gabón.

1482-85. - El río Congo descubierto por portugueses.

1498. - Vasco de Gama, dando la vuelta al Cabo de Buena Esperanza, descubre Natal en 1497 y llega a Somalia y Malindi en 1498.

1502. - Nicolás de Ovando obtiene un permiso para transportar negros a La Española.

1517. - Bartolomé de las Casas apela al emperador pidiendo que se envíen negros a América para poblarla y ayudar a los indios en los trabajos.

1518. - El emperador concede licencia a Lorenzo de Garrevod para llevar cuatro mil negros a América.

1528. - Enrique Eyner y Jerónimo Sailer obtienen licencia para utilizar la de Garrevod.

1531. - Los portugueses comienzan a colonizar el Brasil.

1553. - Salen de Londres los primeros barcos mercantes con rumbo al África.

1562. - John Hawkins transporta a las Antillas el primer cargamento de esclavos africanos bajo bandera inglesa.

1564-67. - John Hawkins hace dos expediciones al África y lleva esclavos pirateados a las Antillas.

1580. - Los holandeses visitan la costa de la Guayana.

1595. - Pedro Gómez de Reynel obtiene permiso para transportar treinta y ocho mil negros a América.

1595. - Los holandeses hacen la primera expedición a la costa de la Guinea.

1612. - Se establecen los ingleses en las Bermudas.

1616. - Los holandeses comienzan a colonizar la Guayana.

1618. - Se establecen en el río Gambia los ingleses.

1619. - Los ingleses introducen los primeros esclavos en Virginia.

1625. - Los franceses se apoderan de Haití.

1637. - Unos comerciantes franceses de Dieppe construyen el fuerte de San Luis de Senegal.

1638. - Los holandeses reemplazan a los portugueses en Arguin, Gorca y Elmira.

1640. - Los suecos inician la trata.

1642-45. - Los franceses introducen esclavos africanos en la Martinica.

1646. - Suecia construye el fuerte de Christianberg en la Costa de Oro.

Estas son las fechas jalones que marcaron el principio de una fructífera etapa comercial que duró hasta el 1800. Durante ese largo período de tiempo se instituyeron numerosas Compañías, estableciéndose competencias, abaratamientos de “mercancía”, consorcios..,

La Compañía de Cachu, la Compañía Francesa de las indias, la Armadora Británica, y tantas otras, que abierta y legalmente mantenían flotillas capitaneadas por aventureros decididos, convertíanse a su vez en armadores y financieros, cómodamente instalados en sus hogares.

No es extraño, pues, que en el siglo XVIII el negrero no fuera considerado un fuera de la ley ni un réprobo. Es más, se daba el caso de que algunos que parecían sinceramente menospreciar o le envidiaban secretamente, lamentando no poder dedicarse a tan próspero negocio: “¡O tempos, o mores!”, que decía el filósofo. Los tiempos y las costumbres siguen un estrecho parentesco… Sólo cambia el material en que se trafica… Si no fuera un juego de palabras fácil, valdría la pena especular sobre la idea que sugiere la

asociación de las palabras “mercado” y “negro”.

Pero existe una diferencia entre horaño y antaño: hoy en día una unánime reprobación acompaña al vil traficante, que dura hasta que es lo suficientemente rico para cesar en sus transacciones y crearse con su fortuna una respetabilidad social.

En el siglo XVIII no existía esta moralidad. Los filósofos y los buenos corazones protestaban, pero sus apóstrofes iban dirigidos contra el tráfico negrero en sí, y no contra los hombres que lo ejercían.

Negreros y defensores de la raza de ébano continuaban codeándose amistosamente en los salones y tertulias.

Con el nombre de negreros se englobaban distintas categorías. Era negrero el armador que consagraba parte de sus naves al tráfico, al igual que los negociantes adquirían “partes” de interés en estas empresas. Era también negrero el que capitaneaba el barco y cuántos estaban bajo sus órdenes.

Pero muchos de los que financiaban este negocio, deseaban por un puritanismo bien lógico, permanecer en el más estricto de los incógnitos, y para ello recurrían a los más truculentos medios misteriosos, para permanecer ignorados y a la vez asegurarse el beneficio, sin riesgo de ser juguetes de sus propios capitanes.

Desde el punto de vista pintoresco nos interesan las aventuras y la extraña psicología de los que sin bienes de fortuna, dedicábanse a capitanear buques negreros.

La tripulación de un negrero no se diferenciaba gran cosa de la que podía tener cualquier navío guerrero estatal, y la disciplina era rigurosamente observada, más que en ningún otro barco. Aparte la segunda categoría de contramaestres; uno de los cuales turnaba con el piloto, había un solo oficial a bordo: el capitán. Este personaje tenía doble personalidad.

En cubierta y en los lugares de la trata, era el rudo lobo de mar, seco y violento, con sus botas y ropas roídas por el salitre, con conocimientos náuticos y comerciales incontestables, de carácter brutal, concediendo poco valor a la vida ajena y tildando de debilidad los sentimientos compasivos.

Pero en los puertos “blancos”, el mismo personaje llevaba peluca empolvada, casaca bordada, espada de gala para caballeros y hebillas enjoyadas. Regateará con aspereza la venta de su

cargamento humano, pero en las escalas sin “lastre”, tratará de no ser inferior en cortesía y buenas maneras a los oficiales del rey. Sabrá perder, con una sonrisa, grandes sumas en el juego, y esconder, bajo sus vestimentas de “parada” la rudeza sin escrúpulos que le caracteriza apenas se encuentra de nuevo a bordo, y en “estado de guerra”.

Aunque el buque negrero estaba constantemente en “estado de guerra”, todos sus capitanes se habrían indignado profundamente si les hubieran tildado de piratas, filibusteros y Hermanos de la Costa. Muchos de ellos empezaron sus carreras bajo el pabellón de la calavera, para luego ser los detractores de sus antiguos colegas.

Pero una vez que las naciones les conceden el derecho de traficar, se consideran tan respetables como los propios marinos de guerra.

Muchos enemigos les acechan tan pronto abandonan sus puertos de anclaje y aprovisionamiento. En el mar, los piratas que les califican de “hipócritas renegados”, y que pretenden evitarles cargos de conciencia, robándoles la “mercancía” que transportan; en los lugares del tráfico, donde las querellas de nación a nación se arreglan con cañoneos y abordajes, que con aspecto patriótico, no tienen más finalidad que engrosar los beneficios intentando quitar de en medio a un competidor; en tierras interiores africanas, donde muchas veces deben más que comprar, salir a la caza de la “mercancía”, que se resiste a aceptar los dones de la civilización; en el viaje hacia las islas, donde la rebelión negra fermenta, y estalla de cada cinco veces, tres.

Este peligro constante, aumentado por los naturales casos de tempestad, calma chicha ecuatorial, epidemias acrecentadas por el amontonamiento anormal de seres en inverosímiles condiciones antihigiénicas, endurece las almas de los capitanes negreros, que cuando se enrolan como novicios, llevan ya como principal condición la de no ser muy sensibles.

Tan complejas circunstancias moldean curiosamente a esos hombres en un doble aspecto contradictorio. Al igual que muchos jefes guerreros adquirían en campaña una personalidad tan diferente, que resultaba difícil reconocerlos, también el negrero tenía un aspecto náutico que se sobreponía a su aspecto mundano y social.

El que trataba en la metrópoli a un capitán negrero, podía tildarlo de hipócrita, y no era así. Eran sinceros cuando en sus hogares aceptaban cuantas molestias les causaban sus esposas y prole, con resignación amable, o cuando invocaban el castigo de los infiernos para los fementidos piratas.

El que conocía a un capitán negrero en el mar o en el curso de su tráfico, se indignaba calificándolo de brutal, sin alma y verdugo.

Sin embargo, este aspecto dual era verdadero. Como en todas las profesiones, había negreros honestos en su vida privada, y otros, bribones desalmados en todos los conceptos.

Pretendemos dar a conocer al lector una faceta pintoresca del siglo XVIII, presentando a varios de esos personajes envueltos en una intriga misteriosa, acaecida en una región isleña, joven aun en el concierto de la civilización.

"Escala en Tenerife" relata hechos que sucedieron en las muy nobles ciudades de la Laguna de los Caballeros y la idílica Santa Cruz, allá por el año de gracia de 1711.

Capitulo I

Tres veleros en el horizonte

—¡Punta Anaga! —cantó el vigía, sirviéndose de sus dos manos ahuecadas a los lados de su boca para aumentar la sonoridad de su vozarrón.

Como ordenaba la consigna, repitió por tres veces el aviso, y sus ojos ahítos por la contemplación de muy diversos panoramas, se posaron con indiferencia en el saliente de rocas basálticas que en declive de cordillera avanzaba en el mar.

En otra latitud habría antepuesto a la nomenclatura de la cordillera Anaga, la palabra “cabo”. Pero se atenía escrupulosamente a la designación que aparecía escrita en la carta marina que consultaba a la luz del sol, allá en lo alto de la torreta de cofa del velero “Intrepid”.

Era la carta marina de la isla llamada Nivaria, y también “Montaña Blanca”, por los viejos marinos, mientras los más jóvenes la señalaban con el de Tinerfe o Tenerife.

El “Intrepid” tenía una estructura especial, distinta al común contorno de los navíos de su clase.

Armado con diez cañones, y tripulado por treinta hombres reclutados en el puerto de Londres, por especial selección de Basil Hoss, navegaba “alto”: es decir, su casco sobresalía mucho del nivel del mar y la elevado línea de flotación daba a entender que iba cargado con lastre mínimo.

No obstante, hasta para un ignorante en náutica, su cala tenía una conformación especial, denotando que había sido construida para estibar copiosas cargas.

Basil Hoss, nacido en Liverpool, treinta y cinco años antes de aquel brillante y translúcido mediodía de un mes de marzo de 1711,

asestó hacia el saliente terrestre designado por la voz del vigía el tubo de un catalejo.

De buena estatura, espigado y de anchas espaldas, Basil Hoss poseía una suma distinción innata para vestir y era dueño de un complicado cerebro que se dejaba entrever en las manifestaciones contradictorias de su carácter, en su doble forma de hablar según las circunstancias y en su peculiar fisonomía.

Los ojos pardos ostentaban una fría indiferencia de altiva melancolía que era acentuada por la severa línea de sus delgados labios de asceta.

La larga nariz no le afeaba, porque su rostro tenía un contorno enérgico, pleno de reserva orgullosa y concentración, que le había valido la reputación de personaje eminentemente antipático.

Había navegado desde sus veinte años como segundo oficial contramaestre en un buque negrero londinense. Hablaba excelentemente el castellano y el portugués, aunque en ambos idiomas afectaba ignorar ciertas palabras o desconocer su real significado, cuando así le convenía.

Determinadas circunstancias, que era el primer interesado en mantener secretas, le habían hecho arribar al puerto de Santa Cruz, seis meses antes, como único superviviente de una lancha de náufragos.

La lancha llevaba el nombre del famoso buque negrero "Fouxhound" y Basil Hoss a nadie contó que para sobrevivir, sólo comió un manjar desde la huida de la costa africana.

No perdió la cabeza, y, serenamente, mientras eran acosados por los negros, entró en la lancha llevando bajo el brazo un barrilete de ron. El buque fue incendiado y la lancha en que iba Basil Hoss partió a fuerza de remos impulsados por el pánico, con cuatro tripulantes heridos.

Sólo Basil Hoss estaba incólume y a medida que fueron muriendo sus compañeros, que ignoraban que el inglés estaba sentado no sólo sobre su propia capa sino sobre un barrilito de ron, el espectáculo de la sed de los otros cuatro no impresionó en lo más mínimo a Basil Hoss.

Tuvo el estoicismo de no abrir el grifo del tonelete hasta que en la lancha sólo quedaba un cadáver, que no arrojó al agua y que, sin embargo, no estaba visible cuando la lancha atracó en Santa Cruz.

Y fué entonces cuando aceptó, íntimamente alborozado y exteriormente condescendiente, el mando del “Intrepid”, sin detenerse a considerar la misteriosa manera en que se lo propusieron.

El “Intrepid” fué comprado en Londres, con capital allí depositado por un rico hacendado tinerfeño de nombre desconocido, cuyo portavoz, que aparecía en todas las transacciones era el inefable gordinflón que Basil Hoss apodaba “Babyface”, por su rostro coloradote y aniñado.

“Babyface”, cuyo verdadero nombre era Imeldo Tejona, había hecho seis meses antes una extraña proposición al inglés.

La peculiaridad de su proposición no estribaba en la oferta, sino en la constante repetición de la palabra “discreción”. Todo cuanto decía Imeldo Tejona, tenía ecos de lección bien aprendida y repetida por un dócil papagayo memorión.

El inteligente inglés había adivinado que las argumentaciones que oía emanaban de otra boca y de un cerebro muy superior al de “Babyface”, que llevaba plasmado en su faz de luna legañosa el inconfundible sello de un temperamento bobalicón.

Como resultado de cuanto entre ambos fué hablado medio año antes, Basil Hoss había controlado la construcción en un astillero londinense del “Intrepid”, reclutando él mismo la tripulación y cumpliendo cuantas órdenes verbales le había retransmitido Imeldo Tejona.

En aquellos instantes cumplía la última orden: “Anclaréis en aguas de la playa de San Andrés, situada al nordeste de Santa Cruz, donde recibiréis nuevas instrucciones por quien allí os aguarde, en fecha comprendida entre el cinco y el quince de marzo próximo”.

Amante de la puntualidad, Basil Hoss amainó velas cuando el viento soplaba en exceso y tomó cuantas medidas fueran posibles para aparecer el diez de marzo en la zona marítima comprendida entre los 28 grados de latitud Norte y los diez grados de longitud Oeste, dando vista al litoral, donde la cordillera de Anaga decrecía para hundirse en el mar que tomaba iridiscencias violetas al reflejar las sombras montañosas.

La elección de una fecha equidistante por igual de las dos señaladas por el misterioso armador incógnito que financiaba la botadura y equipo del “Intrepid”, era un símbolo del carácter

ecléctico del inglés, que entre otras muchas máximas que constituían su especial credo, repetía con frecuencia y paladeándola la sentencia aristotélica: “La virtud está en el justo medio”.

Por eso había mitigado con ron el sabor de la carne humana...

* * *

Tres días antes había anclado en la playa de San Andrés otro velero, de características semejantes al “Intrepid”.

En letras afiligranadas que denotaban pretensiones de gustos artísticos, aparecía en sus dos costados de proa la palabra: “Gioia”, cuyo significado tanto podía, ser alegría o felicidad como joya.

Su capitán era un risueño siciliano, Rino Preziosi, cuyas negras pupilas encubrían un mundo de solapada astucia. Pero tenía unos dientes muy blancos que mostraba frecuentemente y su semblante tenía una pureza de rasgos muy propia de una estatua griega.

Rino Preziosi contaba veintinueve años muy aprovechados. Seminarista a los quince, abate galante a los dieciocho y obligado a colgar sus hábitos-tales fueron sus escándalos en la licenciosa Venecia, que, sin embargo, no tenía por costumbre escandalizarse —, a los diecinueve era el “bravi” espadachín a sueldo más solicitado de todo Nápoles,

Se extralimitó trabajando por cuenta propia y perdido el favor de los grandes señores napolitanos, embarcó a bordo de un corsario. Mató en duelo a su capitán y en las Antillas se enroló en un barco negrero.

Su buena fortuna entre las bellas le perjudicaban cuando más le favorecían al parecer. Se enamoró de él la legitima esposa del capitán negrero. Rino Preziosi huyó, tras darle muerte y rechazar la oferta de matrimonio de la culpable.

Rino Preziosi semejaba un charlatán de confidentes y aceptó las invitaciones a comer y beber de un santacruceño llamado Imeldo Tejona, que rondaba por el puerto y demostraba tener la bolsa tan repleta como su anatomía.

El siciliano manifestó su gran pesar por hallarse sin empleo, siendo como era un tan excelente piloto, director de hombres y traficante en cuanto se presentara.

No escatimó las propias alabanzas, intercalando frecuentes citas poéticas y risueñas canciones...

Y, gozoso, partió hacia Lisboa con la misión de hacer construir

un barco, cuyo diseño le fué entregado por Imeldo Tejona, que le dejó libre para bautizarlo con el nombre que quisiera.

Rino Preziosi, cuando el siete de marzo dió vista a la costa tinerfeña, estaba junto al piloto y tuvo a gala exhibir sus grandes conocimientos histórico-geográficos.

—¡Prodigioso! ¡Belleza sin par! —exclamó, con su voz atenorada de cadencias viriles y acariciantes—. Todos los paisajes son bellos, piloto, porque "la gioia é sempre l'altro riva". Siempre está la alegría en renovar los ambientes, pero esta isla que sólo una vez visité, dejó en mi corazón errante y trovador, la dulce melancolía de la mirada que echamos hacia atrás y el deseo del retorno... ¡Isla de Tenerife! Monte Atlante de los antiguos, con sus valles maravillosos donde trenzan guirnaldas de guías los geranios, los laureles, las violetas, la retama... Contémplala emocionado, piloto, porque estás ante el residuo de la ignota y sumergida república de Platón, sitial del jardín de las Hespérides.

Todavía estaba abierto en el camarote del siciliano el manuscrito donde había leído cuantas referencias mitológicas e históricas estaba citando.

El piloto conservaba un respetuoso silencio admirativo, porque a él no le engañaba, como tampoco a ninguno de los otros veintinueve tripulantes, el aspecto risueño, atildado y atractivo de Rino Preziosi.

Le había visto manejar el estilete y la espada en Lisboa...

—El ánimo queda en suspenso, piloto. Ya Homero dijo que Júpiter envió a Menelao para que visitara esos Jardines Elíseos, a los cuales nunca el invierno se asoma y donde el aire es siempre puro y refrescado por las brisas oceánicas. Heródoto, refiriéndose a esa "Nivario Latina" y a su pico volcánico... ¡Portentoso!... ¡Inigualable!...

Con aquellas dos exclamaciones, el siciliano trataba de recordar lo que instantes antes había leído:

—El gran Heródoto dijo de Tenerife que era entonces la isla donde el mundo acaba y el mar deja de ser navegable. La isla donde se encontraban los Jardines de las Hespérides y donde el Atlas gigante con su montaña cónica soporta el peso del firmamento. Es una de las Islas Afortunadas, donde el sol se alberga en la noche creada por las Hespérides para conservar las manzanas de oro.

¡Incalculable hermosura!

Guardó silencio, porque su libro de consulta ya no contenía más ditirambos.

Sin el menor rubor, al cabo de unos instantes, como si dijera algo naturalísimo, prosiguió, escuchado religiosamente por su piloto:

—Yo, el terrible e invencible Rino Preziosi, ante quien bellas y valientes se rinden, debo reconocer que las tórtolas de esta isla tienen un suave encanto que no me deja insensible.

—¿Es cierto, mi capitán, que todas ellas usan bebedizos y filtros y ellos fuman pipas repletas de estiércol de camello?

—¡Camello tú mismo, piloto! —dijo riendo el siciliano—. Si fueras hombre culto y sagaz, tendrías la buena costumbre de hablar siempre bien de la tierra a donde te diriges, exaltando sus virtudes y callándote sus defectos. Y recuerda que sólo se arrojan piedras al árbol cargado de ricos frutos. Donde comas elogia el mantel, truhán. La hipocresía es una gran virtud que sólo el sabio posee. En Venecia elogié a muchos que poco después maté. Eso les daba confianza...

Miró Preziosi al piloto y sonrió risueño:

—No te digo más, porque el tirador de un arco que enseña a otro sus secretos, puede un día llegar a ser la diana del mismo al cual enseñó. ¡Contramaestre!

Acudió un rechoncho sujeto que se cuadró rígido ante el siciliano.

—Al echar el ancla, todos permanecerán a bordo. No sé si la escala en Tinerfe será larga o corta, pero lo que sí sé es que debo dejar bien sentado el pabellón de respetabilidad.

Sonrió con agradable expresión, al añadir:

—Mientras esté yo en tierra, sean dos, sean veinte días, atravesare a estiletazos al tripulante del “Gioia” que vea en la isla.

* * *

Cuando el “Gioia” ancló, había ya otro velero. Tenía la misma configuración especial de cala que los otros dos antes citados.

Su capitán, Arnau Montané, había erigido en las arenas de la playa, una tienda cuyo interior más semejaba a despacho de escribano que provisional albergue de un capitán de mar.

Desembarcó acompañado de su segundo, Ramón Doltra, el día

cuatro de marzo; cuatro remeros, cubiertas las cabezas por un extraño zorro rolo que pendía lacio a sus espaldas, regresaron al velero “Montserrat”, una vez que hubieron dejado en la playa al capitán y a su segundo.

Al encuentro de los dos hombres, avanzó un sujeto de flacas piernas, voluminoso abdomen, pecho estrecho y cadera más que regular.

Imeldo Tejona tenía la expresión de un niño temeroso de las reprimendas de su maestro. Era en él habitual y sus ojillos brillaban sin maldad en el rostro mofletudo.

—Bienvenidos seáis, caballeros-saludó, cordialmente —. Desde ayer os esperaba, capitán Montané. Gracias a mis relaciones con el jefe de fortaleza, pude demostrar a este caballero que no ofrecían ningún peligro para Santa Cruz la llegada de cuatro veleros entre los días que parten de hoy hasta el quince. Ya sabéis a qué me refiero... Siempre puede darse el caso de una incursión pirática. Por eso indiqué que los cuatro veleros anclarían en la playa de San Andrés.

—Mirad, señor Tejona-dijo el catalán —. No me gusta perder el tiempo y deseo saber, ya que he cumplido hasta el final las instrucciones que un día recibí por vuestro conducto, qué ha de pasar ahora, ¿sabéis?

—Cuando los cuatro capitanes estéis reunidos en este punto, os será notificado el lugar donde habéis de celebrar una reunión para ultimar los convenios. Mientras ¿os busco alojamiento?

—¿Para qué gastar, teniendo yo donde dormir y comer? Me instalaré aquí y cuando llegue el cuarto y último de los capitanes, espero que recuperaremos el tiempo perdido, ¿sabéis?

Tras decir algunas banalidades, marchóse Imeldo Tejona.

Arnau Montané, cuarentón adusto, que sólo sonreía cuando contaba monedas o vendía a altos precios las mercancías que almacenaba en sus locales barceloneses, tenía tres afectos muy hondos, pero que no exteriorizaba: su tranquilo amor por su esposa, Montserrat, su complacencia en admirar las menores gracias de su hija del mismo nombre y el sólido afecto que profesaba a Ramón Doltra.

—Muy misteriosa es esta nueva empresa en que os lanzáis, capitán Montané —dijo su lugarteniente.

—Mira, Ramón, no dejes volar ya tu imaginación romántica impropia del que, como tú, nació en la calle “dels Pescadors”, ¿sabes?

—Vos decís siempre, que al pan pan y al agua, agua, capitán Montané. Ved que nada hay de extraño en cuanto me intriga. La señora Montserrat también se extrañó de que hicierais construir por vuestra cuenta este velero, al regreso de vuestro viaje a la isla portuguesa de la Madera. Fué el único viaje en el que no me llevasteis, capitán Montané.

—Hice escala en Santa Cruz y este hombre que nos ha recibido, me propuso un buen negocio.

—¿Tan bueno que os hizo abandonar a vuestro armador catalán?

—El negocio es el negocio, Ramón.

Alto, flaco, dando la impresión de fuerza reposada, Ramón Doltra tenía en sus facciones una irregularidad, donde los ojos hundidos y del color de la ceniza, tenían por instantes una expresión soñadora, que ahuyentaba repentinamente cuanto de siniestra o amenazadora podía tener su costumbre de fruncir el entrecejo, crispar las mandíbulas y mirar rectamente y con insistencia a cuantas personas acababa de conocer.

Miró ahora con dureza a su capitán, pero en sus ojos claros había la expresión soñadora…

—Sabéis que os aprecio, capitán Montané…

—Estamos perdiendo el tiempo.

—No han llegado aun los otros tres capitanes misteriosos que aquí debemos esperar. Hasta ahora no he hablado, capitán Montané, porque pensé que a lo mejor veníais a vender este velero.

—¿Qué ganancia iba a sacar, dedicándome a armador constructor? Muchos males de cabeza. El “Montserrat” navegará bajo mi mando.

—Entonces… ¿para qué las cadenas que hay en la cala? ¿Para qué reclutasteis treinta mozos de los más fuertes de Barcelona, eligiéndolos entre los que no eran catalanes como vos y yo?

—Mira, Ramón, tú eres mi, segundo ¿sabes? Conmigo no has de perder nunca, porque yo cuido del negocio.

—Pero, ¡no todo es negocio, capitán Montané! Si como me temo os habéis propuesto dedicaros al tráfico de esclavos os perderé

cariño y respeto, capitán Montané. Os llamaré “mercader de carne humana”.

—¿Cómo? —y la extrañeza de Arnau Montané era evidente y sincerísima, mientras asestaba a su segundo una mirada indignada —. Te voy a dar una bofetada, Ramón.

Resonó en la curtida mejilla del joven catalán, la palma callosa de Arnau Montané. Giró Ramón Doltra la cara, ofreciendo la otra mejilla.

—Pegad, capitán Montané, pero escuchad.

—Mira, Ramón, eso son boberías de romántico. Yo voy a ser negrero y tú también. Eres un estúpido, ¿sabes?

¿Qué diferencia hay entre vender telas y vender negros?

—¡Los negros tienen un alma!

—Mira, Ramón, si yo no cuidara de ti, tú terminarías en la miseria.

—Comprendo ahora porque no reclutasteis catalanes, capitán Montané. No quisisteis que en Barcelona se supiera que vos, un honrado mercader, un excelente capitán de mar, os rebajabais a ser negrero.

—Me rebajaría si yo vendiera catalanes, que es la única mercancía en la cual nunca pienso traficar, ¿sabes? Pero a mí no me salgas con quijotadas, ¿eh? ¿Acaso vamos a robar? Los negros, cuando “trincan” un blanco, no le preguntan si es de Barcelona o de la Colombia. Pero ellos son corderos que van al sacrificio. Van a tierras sanas, donde les dan bien de comer, trabajan honestamente y no pierden el tiempo bailando cafrerías al son de gaitas y tambores y flautas de caña. ¿Te das cuenta qué manera de perder el tiempo? Esos que nosotros llevaremos a las Américas, se casarán allá, tendrán hijos y algún día volverán los hijos de sus hijos al África para contarles a todos los cafres que corran por las selvas, el mucho dinero que han hecho y lo bien que han vivido.

—Vos no les consultaréis para llevarlos encadenados.

—Tampoco consultaría yo a un burro que pega coces, para atarlo a un pesebre bien lleno ¿sabes? Y mira, Ramón, me estás calentando los cascos con tanta palabra, tanta palabra, *¡renoi!* Repite otra vez que me perderás el respeto y el cariño y de la... de la bofetada que te doy vas a perder tres dientes.

—¿Y qué pensaría la señora Montserrat si supiera la razón por la

que habéis venido a Tinerfe?

—Las mujeres al fogón y a calentar las sopas, que para eso cosen y comadrean... Para que luego el marido vaya con mucho dinero, muchos vestidos y les dé oro para ahorrar. Mi Montserrat es muy juiciosa y sólo habla cuando yo pregunto. Que así es como se hacen buenos matrimonios, Ramón. Muchacha buena cocinera, callada y limpia. Si lleva dote, mejor, pero si no, su mejor dote es ahorrar criadas y lavanderas. Mira, hay mucha madera en aquel monte ¿eh? Y esa arena no estaría mal para amasar, ¿eh?

—Aquellas montañas son maravillosas, capitán Montané, y esas arenas tienen suavidad de oro molido... pero yo os digo, capitán Montané, que me apena ver la mucha sinceridad con que creéis que vender negros es vender telas y hacerles un bien.

—Mira, Ramón, esto se ha acabado, ¿sabes? A callar y a trabajar. Vete a bordo, que montaremos aquí una tienda, para que continúe yo mis estudios de esta cuestión de África y sus mercados.

—Permitidme una última pregunta, capitán Montané. ¿Tan seguro estáis de obtener muchas ganancias?

—No seas pasmarote, Ramón. Si estamos aquí, es porque sé que haremos muy buenos negocios.

La llegada de Rino Preziosi y la de Basil Hoss no alteró el rutinario vivir de Arnau Montané.

Pero cuando el día quince al anochecer no había aún señales del cuarto velero esperado, Arnau Montané dió un codazo a Imeldo Tejona, que acababa de llegar procedente de la vecina capital de Santa Cruz montado en un pacífico jamelgo.

—Ya está bien, señor Tejona. No nos vamos a pudrir en esta playa. Dejad aquí un emisario para cuando llegue el que falta...

—Supongo que el capitán Ibarguengoitia no ha de tardar, capitán Montané.

—¿Un vasco? —inquirió Montané, adustamente—. Se habrá emborrachado. Yo recibí instrucción de estar aquí entre el cinco y el quince y aquí he estado. No espero más.

—Tampoco yo-dijo secamente, Basil Hoss.

—Me uno al parecer de mis colegas-dijo el siciliano, sonriente.

—Iré a consultar —replicó Tejona, con rostro de perplejidad.

Regresó al filo de la medianoche, resoplando.

—Tengan la bondad de venir conmigo hasta el lugar donde

serán alocados, señores capitanes. Hay allí, en el camino, tres hermosos caballos, y mañana serán recibidos por… la persona que me manda.

—Bueno-admitió Montané —. Pero, mirad, señor Tejona… ese Ibarguengoitia me parece poco serio ¿sabe?

Instantes después, montados ya a caballo los cuatro, Imeldo Tejona explicó que en la playa de San Andrés había quedado alguien que ya notificaría al poco puntual capitán Ibarguengoitia, el lugar a donde debía dirigirse apenas llegara.

Capítulo II

La presencia invisible

El "Aquilón" había hecho tres singladuras desde que abandonó la costa francesa y el viento invernal aullaba entre sus velas y cordajes.

El Pirata Negro se sentía inquieto, profundamente desasosegado. Su aguda facultad de percepción le permitía descubrir algo imponderable, misterioso, como un hálito impalpable que le envolvía. Era una rara sensación indefinible, que se acentuaba más y más conforme transcurrían las horas.

Quizá fue esa impresión subyugadora la que le inspiró, cuando se hallaba en el castillete de proa oteando el horizonte, aquella poética semblanza de la lluvia, "novia del viento".



...oteando el horizonte...

Más tarde, en su cámara, frente al rudo "Cien Chirlos", que convertido ahora en don Marcelo, como flamante primer oficial,

sentía una pueril timidez, al sentarse a la mesa del hombre excepcional que idolatraba —advirtió que aquella sensación se hacía más intensa; era como un fluido invisible que le envolvía, como una influencia fascinante y poderosísima que turbaba su espíritu viril.

Le parecía que era una presencia fantasmal, como la sombra de un espectro, pero no presagiaba males, no tenía los sombríos contornos de una amenaza siniestra, sino la seductora apariencia de un sueño feliz o el dulce y hermoso aspecto de una aparición celeste. Una presencia invisible...

Cuando ya casi terminaban su yantar, el Pirata Negro, después de mirar el tapiz azul que cubría el techo cóncavo, se levantó de un salto, extrañamente sugestionado por la idea de que a bordo se hallaba una persona ajena a la tripulación, porque percibía cómo respiraba y oía un tenue susurro que se le antojaba batir de alas de ángel.

Así lo manifestó a su atónito primer oficial.

“Cien Chirlos” tenía dos creencias profundamente arraigadas: no había surcando los mares mejor velero que el “Aquilón”; ésta era su primera creencia. La segunda, estribaba en que cuanto decía el Pirata Negro tenía fuerza de axioma.

—Si tú oyes, señor, algo que yo no oigo, con tu venia, mandaré registrar el barco, pulgada a pulgada.

—Feliz eres, don Marcelo. Para ti lo que no tiene cuerpo no existe. Y por eso nunca te atosigarán presencias invisibles...

—A veces, señor, charlo con “Piernas Largas”... El murió, pero en mis turnos de puente, él viene. No lo veo. Me habla, señor... La primera noche de navegación, “Piernas Largas” estaba a mi lado. El muy tunante cantaba aquella copla de vino y pelea que tanto me gustaba. Me dijo que era feliz porque le había concedido el navegar en el “Aquilón”... Acaso sea su sombra impalpable la que tú presientes, señor, como yo la percibo.

—Acaso así sea. Bien, don Marcelo. Terminemos con el almuerzo. Te doy permiso para que rebañes el plato. Te lo has ganado. Vas progresando don Marcelo. Eres ya capaz de percibir que no todo es corporeidad. Ni un solo instante dudo que el espíritu de Curro Montoya, con el cual tanto peleaste en vida, te acompaña ahora en amistad que los siglos no quebrarán.

Cuando la comida hubo terminado, “Cien Chirlos” subió al entrepuente. El Pirata Negro, extendidas las piernas sobre la mesa, tenía la mirada fija en el techo…

Silbó meditativo y de pronto su silbido fué estridente, imperativo. Modulado en cuatro tiempos, atrajo al así llamado.

Un cuarentón de cara astuta…

—Veamos, “Tirabeque”… ¿Quién colocó ése tapiz en el techo?

—El señor Lucientes, señor. Yo estaba en cubierta cuando él llegó llevando a hombros ese tapiz. Dijo que era un obsequio y una sorpresa para ti. No quiso que nadie le ayudara a clavetearlo. De no haberse tratado del señor Lucientes, no lo hubiera yo consentido. ¿Hice mal, señor?

—No. El señor Lucientes es y era el único que tenía completa libertad a mi bordo. Puedes largarte…

A solas, el Pirata Negro se puso en pie y quedó debajo el tapiz. Era una ancha tela recia, bordada en azul.

En algunos trechos el cañamazo tenía claridades… Volvió a silbar el Pirata Negro, con distinta modulación.

Al tripulante que se presento, le señaló el tapiz.

—No me gusta este color, “Escopla”. Trae tus utensilios y quitarás los clavos…

Marchóse el carpintero y el Pirata Negro quedóse como fulminado por un rayo… Era una voz fina que parecía llovida del cielo… Una voz melodiosa y adorable, que tenía trémolos de alegría y arrullos acariciantes.

—Carlos… Ha llegado el instante que temo y deseo… Carlos.

Carlos Lezama contrajo los puños y con ellos golpeó su frente, como para ahuyentar el eco de aquella voz que le recordaba una lejana noche inolvidable…

—No permitas, Carlos… que un extraño presencie nuestro encuentro.

La voz tenía algo de irreal. Procedía del tapiz.

—¿Empiezo, señor?

Volvióse bruscamente el Pirata Negro. Ante él, “Escopla”, con sus herramientas y un escabel, aguardaba.

He cambiado de idea, “Escopla”. Al fin y al cabo, este tapiz tiene algo de cielo, ¿no te parece? Es obsequio del señor Lucientes. Puedes largarte…

Pasaron unos segundos y el Pirata Negro desenvainó. Insertó la punta del acero en el extremo del tapiz y rasgó en corte violento.

Otro corte lateral dejó colgantes dos lados del tapiz. Y el espectáculo que se le ofreció, tenía algo de alucinante.

La concavidad del techo abovedado soportaba entre dos de sus vigas una especie de sitial, donde Mireille de Ferjus, marquesa de Corbigny, aparecía sentada.

Su rostro de madona, de juvenil pureza daba simbolismo de imagen entronizada a su oculto escondrijo.

Junto a ella, una cesta que contenía frutas y una gran jarra de cristal que transparentaba agua, daba un toque de paganismo al conjunto.

Carlos Lezama envainó lentamente. Una densa palidez aclaraba el bronceado semblante.

—Ridícula estáis, señora desconocida. ¿Merendola campestre? ¿Juego del escondite? ¿Habéis tomado mi nave por columpio de dama aburrida?

—Carlos... —dijo ella, suavemente.

—Por tres veces habéis repetido mi nombre. ¿Os parece digno de tal honor? ¿Vos quién sois?

—Bien sabes que soy Mireille...

—Conocí una dama que así se llamaba, pero era incapaz de tamaña tontería.

—Dime cuanto quieras, Carlos... Después, yo hablaré.

—Estáis graciosísima, señora. Es meditando cuál de dos soluciones voy a tomar. Una es llamar a los piratas y mostradles a una caprichosa aburrida que eligió un trono para jugar al escondite. Otra es mandar clavetear tablas encima del tapiz... ¿Cómo dijisteis que os llamabais?

—Mireille de Ferjus-dijo, ella, dócilmente, iluminados los ojos en alegre travesura. Tenía aspecto de niña contenta de haber sorprendido a un gruñón guardián. Era marquesa de Corbigny —. Pero ahora, señor, no cambiaría este incómodo asiento por el mismo trono de la reina de Francia.

—“Veni, vidi, vinci”... ¿no, señora marquesa de Corbigny? Aparecéis y el pirata, emocionado y agradecido, dobla rodilla, inclina la cerviz, y os presta su nuca para que en ella apoyéis el pie para descender de vuestro trono loca damita que creyó muy

divertido jugar a ser la intrusa en un velero pirata.

—Cuanto digas bien dicho está, Carlos. Yo hablaré cuando te canses de dedicarme burlas. No ignoraba que así sería la acogida…

—Tenéis ahí fruta y agua. Vuestro sitial es una obra de arte. ¿Quién os acomodó ahí?

—Yo misma.

—¿Pretendéis enternecerme demostrando que no queréis delatar al que os ayudó a esa comedieta de muy mal gusto, indigna de vos, señora marquesa de Corbigny?

—Es indigno de vos, señor Pirata hablarme estando yo en alto y vos a mis pies. Frente a frente, señor pirata… que así os quise y os quiero. Al mismo nivel.

—Cuánto honor, cuánto honor. Me abrumáis, señora marquesa. ¿No fuisteis capaz de subir ahí? Bajad, pues, si queréis que estemos al mismo nivel.

—Me temo que no estaré muy airosa intentando saltar desde aquí, señor pirata. Vos bien podríais ayudarme… Después, arrojadme al agua, o mandadme ahorcar… Pero, por de pronto no consintáis que una marquesa os humille desde lo alto.

—¿Orgullo de casta?

—¡Tú fuiste quien odiosamente citó un título que no…! —dominóse ella en su pueril enfado y sonrió alegremente—. ¿Puedo atreverme a esperar, señor Carlos Lezama, que me honréis prestándome vuestros brazos para descender?

El Pirata Negro cruzó los brazos. Sus ojos centelleaban…

—Me revienta, señora, vuestra petulancia. Dais por descontado que os finjo enojos que no siento y que febrilmente acojo vuestra presencia como un don del cielo, para iluminar mi solitaria vida. ¿No os dais cuenta que es poco airosa vuestra posición, por elevada que sea? Mi natural galantería me veda dar interpretación a vuestra presencia.

—No hay más que una interpretación, Carlos. Tú me juraste que volverías a mi castillo, pero no pude resignarme a esperar. Aquí estoy porque sin ti no vivo y juntos hemos de vivir…

—Escuchadme, imprudente doncella de cascos endebles. Si un loco os ayudó a cometer esta locura, yo no…

—No murmuréis de un ausente, señor pirata. Vos estáis tratando de herir mi amor propio y no lo lograréis, porque hice renuncia de

cuanto orgullo podía tener. Renuncié a cuanto prejuicio y convencionalismo impide a una mujer declarar abiertamente su amor. Con otro hombre que vos no fuera, tal locura no habría cometido, porque hubiese dado lugar a interpretaciones equivocadas. ¿Quisisteis antes decir que os he perseguido? ¡Pues sí, señor pirata! Vos huisteis y yo os he perseguido. ¿No os da cierto reparo? ¿Huir vos? ¿Y de una débil locuela enamorada que quiere ser vuestra esposa? Cobardía, señor pirata, cobardía… Hay que hacer frente con valentía a…

—¡Callad, maldita seáis! —exclamó Lezama, irritado—. Ganas me dan de haceros descender más de prisa de lo conveniente y propinaros una tanda de azotes que os quiten los humos de niña jugando a mujer experimentada. ¡Venid acá!

Bruscamente, tendió los brazos…, Ella, con sumo cuidado, anduvo sobre una de las vigas, sentóse en ella y dejóse caer en los brazos de él, que la recogieron prestamente y la soltaron apenas los negros chapines, entre revuelo de faldas, se posaron en el suelo.

—Sentaos allí, señora. Ahora ordenaré cambio de rumbo y os desembarcaré en Burdeos de nuevo.

—No lo harás-dijo ella, sonriente.

—Poder de la femenina sugestión, delicia de una compañía delicada, dulzura de un amor que todo lo vence, ¿no, señora marquesa? Todas esas zarandajas se os han podido ocurrir en un instante de ofuscación. Pero henos el uno frente al otro. Vos, la rica marquesa de Corbigny, de escasos veinte años. Yo, el pirata sin un ochavo, que no quiere amores ni limosnas. Por un beso… un beso de noche de cuervos… no teníais el menor derecho a creeros… ¡No tengo por qué argumentar! Nunca quise discutir con mujeres. Si tal hiciera ahora, al final aun tendría que presentaros excusas. Sabríais torcer el rumbo de modo que después de largo palabreo, aún resultase que yo era el que allí tras el tapiz mordía frutas y vos la capitana de la nave.

—Recuerda, Carlos… Aquella noche en que me juraste volver… ¿Lo hiciste para evitar que yo cumpliera mi promesa de estrellarme? Deja que el silencio hable por nosotros, Carlos. Evoca aquella noche, y en nuestras mentes repitamos cuanto entonces nos dijimos. Era en la sala de tormentos del castillo de Corbigny…

—…Antoine Legay, “El Nantés”, acababa de clavarse contra un

instrumento de tortura. Un rictus demoniaco crispaba sus facciones, y, doblando la cabeza sobre el pecho, expiró.

—Yo te tenía miedo... Que el silencio detenga al tiempo y le obligue a retroceder...

Volvió la espalda el Pirata Negro, y ella cerró los ojos... Rememoró él la escena...

En la sala de tormentos del castillo de Corbigny, Mireille de Ferjus, encadenada en un escabel de tortura, donde la había aprisionado el corsario Legay, intentaba, sin conseguirlo, apartar la vista del macabro espectáculo que, al fondo de la sala, ofrecía el fláccido cuerpo de Antoine Legay.

Y tras la trágica visión, el recuerdo gratísimo de la conversación sostenida con la exquisita Mireille de Ferjus, cuando, ya libre de sus cadenas, la romántica marquesa le hizo objeto de su candorosa admiración, sentimiento que en su pecho de niña se transformó en amor, un amor ciego, profundo y sublime, que sabía de profundas renunciaciones.

Entre los muros sombríos de Corbigny nació el idilio, truncado por la decisión del Pirata Negro de no ceder a los impulsos de su corazón, cautivado por el irresistible encanto de la deliciosa marquesita; su proverbial caballerosidad no podía admitir que Mireille de Ferjus sacrificase el prestigio de su título y la seguridad de su posición, para ser la esposa de un inquieto aventurero[1].

La escena que meses antes había tenido lugar en una noche obscura y en un tétrico paraje, menos lúgubre cuando el perfume de la exquisita feminidad de Mireille disipó el hálito de la tragedia, había dejado hondas huellas en el alma del Pirata Negro, que ahora comprendía bien qué era lo que llevó a la joven marquesa hasta su barco.

Ella, subyugada por la fuerza de la evocación que también acudió a su mente, adivinaba en aquellos instantes que en aquel mutismo elocuente se fraguaba el destino de ambos.

Sentóse el Pirata Negro frente a Mireille, y su diestra tendióse abierta, con la palma hacia arriba; la lentitud con que efectuó aquel ademán parecía denotar cierta contención en su espíritu.

Ella posó su mano en la palma, que se cerró, aprisionándola.

Duró unos instantes más el silencio, y habló Lezama en voz baja, como si no hubiese deseado quebrar el sortilegio del silencio

henchido de confidenciales ternuras inexpresables:

—Razón tuviste al afirmar que fuí cobarde al huirte. Bastó una hora para que a tu lado tuviera la intuición de que podrías proporcionarme un cariño capaz de procurarme ventura... Al oír tu voz tuve la impresión que el mundo se transformaba y todo era tiernamente inefable. Mi vida, de tediosa e indiferente, la conviertes en luminosa y feliz. Te amo por la alegre malicia de tus ojos bondadosos; te amo por comprensiva y valiente, que supiste adivinar cuánto bien me reportaba un amor por el cual luchar y vencer, y no dudaste en afrontar el peligro de una opinión equivocada, sabiendo vencer tu amor propio y no resignándote a ser la castellana enclaustrada en una cómoda espera; te amo porque a mis pobres burlas opusiste tu convicción, comunicándomela, de que un querer, cuando es firme, arrostra cuanto sea...

Inclinó él la cabeza, y su frente aplicóse contra el satinado dorso de la mano aprisionada.

—No puedo ni debo aceptar tu dulce ofrenda, Mireille. Te devolveré a tu castillo, y siempre en el alma conservaré el grato aroma de estos instantes, que bastan para endulzar el amargor de una vida entera,

—Puedes mandar en tu barco, Carlos, y apartarme de tu lado. Pero vine para ser la compañera de tu existencia, y si de ella me separas, sobre mi tumba nadie vendrá a rezar, porque voluntariamente hice renuncia, a mi deseo de vivir, que sólo experimento junto a ti. No es una amenaza intentando suscitar en ti remordimientos. Si no supiera que me quieres, no hablaría así. ¿Por qué pugnas contra el logro de la felicidad?

—Nada puedo ofrecerte. Sólo amor.

—Nada te ofrezco, y mucho amor pido.

—Un barco pirata no es hogar. Las tormentas entenebrecen.

—Unidas dos almas conviértese la tormenta en arcos iris eterno.

—Rumbos de peligro sigo, y monótona sería tu existencia, porque en la arboladura de mi “Aquilón” un tesoro a bordo permanece siempre encerrado.

—Mi mundo será este camarote... Cuantas razones me pongas, ya me las dije y ni por un instante me hicieron vacilar.

Sonrió el Pirata Negro, y sus labios recorrieron en mudo rosario los blancos dedos... Su voz sonó amortiguada contra las manos

femeninas.

—Murió mi pasado, Mireille. Sólo vive el momento presente, cuya plenitud haremos que nunca se extinga.

El mar cantó en la noche la barcarola de la fusión de dos almas que se encuentran, y la aurora proclamó con rosados fulgores los esponsales de la que renunció a riquezas y honores para ser la esposa del Pirata Negro.

Capítulo III

Etienne Laurent recibe una compensación

Desde el amplio ventanal de la mejor hostería de Burdeos dos hombres miraban a lo lejos, hacia donde en el lluvioso horizonte, sobre el agitado mar, se recortaba la gallarda figura de un velero cabeceando airosamente en su ruta hacia el Sur.

Uno de los dos espectadores era un anciano pulcramente vestido, cuyo rostro mostraba en aquellos instantes una expresión de contrita melancolía.

El otro, joven y apuesto, se rascó la sien, alborotando sus pelirrojos cabellos, después de dejar en la mesa el largo anteojo con que había estado enfocando el velero que se alejaba.

—Ni vos ni yo tenemos la culpa, señor Etienne-dijo el más joven, hablando un perfecto francés, aunque matizado de acento español —. No tendréis la presunción de querer luchar contra el Destino.

—Triste destino el de una marquesa huyendo en brazos de un pirata… —dijo en voz baja el anciano.

El pelirrojo dejó de mirar hacia el océano. Tenía un rostro de simpático truhán, pero ahora sus ojos expresaban cierta dureza.

—Vos fuisteis hasta hoy el preceptor de la marquesa de Ferjus, señor Etienne. Yo fuí también hasta hoy el lugarteniente del que vos llamáis pirata, porque él mismo quiso elegir esta profesión, por afán de no someterse a leyes humanas. Pruebas tuvisteis en demasía de que un pirata, cuando es de la alcurnia del Pirata Negro, derechos tiene al título de rey de la caballerosidad. Que, a no ser por él, ni vos estaríais alentando, ni vuestra preciosa marquesa podría aspirar al título muy superior de ser amada por el hidalgo Carlos Lezama.

—No os enojéis conmigo, señor Lucientes. Vos tenéis, ¿cómo diría yo?, un concepto más amplio de las cosas. Habéis vivido

peligrosamente, y todo os puede parecer natural. Pero yo siempre vegeté entre las paredes del castillo de Corbigny, y me cuesta ímprobo esfuerzo admitir que mi Mireille no esté loca...

—Amor y locura se rozan, amigo mío. Miradme a mí... Cuanto de muy loco tengo, débese a lo mucho que he amado.

—Pero ella había sido siempre prudente. Desdeñó cuantos títulos vinieron desde París a cortejarla...

—Sed menos rancio y apergaminado, mi buen preceptor de doncellas. Cuando una mujer quiere, no calcula en sus conveniencias. Y, ¡repámpanos!, si tanto os arruga la idea de que vuestra marquesita huyó con un pirata, sabed que éste es por herencia conde de Ferblanc, aunque por natural inclinación no quiera más título que el de hombre que lucha contra la injusticia y siembra por doquier el bien, no esperando nunca el agradecimiento.

—Pruebas tuve, como dijisteis, de que el... vuestro amigo es caballeroso, y supo renunciar a la entrega que Mireille le hacía de su amor. Pero lo que ahora temo es su reacción cuando se vea ante... ante la situación que ella imaginó y en la cual vos actuasteis como principal actor.

El madrileño rió, satisfecho de sí misino.

—Perdonadas me sean todas mis fullerías, en gracia a mi genial intervención para preparar los esponsales de vuestra marquesa con mi amigo.

—¿No creerá él que es impudor la actitud de Mireille?

—¿Lo tomáis por un presumidillo imberbe? Cuando se vive con naturalidad, sin acatar convencionalismos, todo resulta fácil. Él prometió volver, ella no tuvo la cobardía de encastillarse y esperar. Romance de amor. Y no os apuréis. Si el hidalgo Lezama no está de acuerdo, bastará con que la eche por la borda.

De pronto, el anciano preceptor ocultó el rostro entre las manos, y de su garganta escapó un ronco sollozo.

Diego Lucientes, molesto, se levantó para palmotear con torpeza el hombro de Etienne Laurent.

—No seáis pueril, señor. Comprended que fué una broma pesada. Ningún mal le sucederá a vuestra marquesita.

—No es... por temor... Yo sé que el que vos llamáis hidalgo Lezama... es un caballero... Y su experiencia en semejantes lides no le hará confundir un amor puro... con coquetería caprichosa...

—Ella es dulce, comprensiva, inteligente. Es la esposa soñada. No lloréis, ¡maldito seáis! Ella será feliz...

—Es que... ya mi vida no tiene finalidad Estoy solo... Volveré a un castillo donde no habrá ya el eco de risas de niña buena...

Arreció el viejo en sus sollozos, y Diego Lucientes le dió una vigorosa palmada.

—Cerrad la espita, señor. Yo os voy a dar un castillo y el eco de carcajadas infantiles. ¿Os atosigaba el no poder ser el jardinero de una vida que bajo vuestros cuidados creciera como flor bien cuidada? Yo os voy a dar la tibieza de un cariño de huérfana. Huérfana porque murió su madre..., y en cuanto a mí, por más esfuerzos que haga, mal padre he de ser.

—¿Vuestra hija, señor? —y un matiz de esperanza vibró en la voz del anciano preceptor.

—Sí. Un talento natural de muñeca. —Y aunque el semblante del madrileño sonreía y su gesto era despreocupado, supo percibir Etienne Laurent cierta amargura en las frases que a continuación añadió el ex lugarteniente del Pirata Negro:— Me tiene mucho cariño, y yo la adoro. Pero también es cierto que quiero ahorrarle la desazón de acostumbrarse a mí, y quedarse de pronto sin nadie que por ella vele.

—Sois fuerte, señor Lucientes. Muchos años...

—Normalmente, muchos me quedan por vivir. Pero detesto la lógica, señor maestro de marquesitas. Mi deber lógico sería no apartarme un solo instante de mi hija Gaby, pero tengo tres pequeñas debilidades: el carirrojo y mentecato Baco tiene en mí un ferviente esclavo; soy andariego y pendenciero, y día vendrá en que en mi camino se tercie espada más afortunada; soy faldero, y aunque recientemente haya jurado odiar a las mujeres, es actitud que poco me durará. Por tanto, mejor prefiero ser buen pecador que mal fraile, y, en previsión de que mi hija no quede sola, he decidido confiarla a vuestro cuidado. Procuraré vivir el tiempo suficiente para verla mujer, pero aunque no llegue a conseguirlo moriré tranquilo, porque le habré ahorrado tenerme por padre que no sabe serlo y le habré dado, en cambio, un buen preceptor.

Cohibido, Etienne Laurent bajó la cabeza.

—¿Cómo confiáis, en mí, si no supe impedir que mi Mireille hiciera lo que ha hecho?

—Por ello precisamente os elijo... Porque ella me contó cómo la educasteis, y que en vos vió a un segundo padre... Pero no nos enternezcamos, viejo dómine; vos educaréis a mi hija, porque ojalá también a ella el amor la haga vencer el miedo del amor propio, y sepa comportarse como Mireille de Ferjus. Y dejémonos de discurso. ¿Conocéis al notario Fripon, de Angulema?

—Es íntimo mío. Administramos juntos el patrimonio del castillo de Corbigny y todos los bienes de Mireille.

—Bien. Él es también un hombre honrado y de buen corazón. Supo demostrármelo. En su casa está mi hija. Id a conocerla, mientras yo acudo a resolver un asunto particular referente al castillo de Civry.



Honoré Fripon, notario de la ciudad de Angulema, era un santo varón, apreciado por cuantos le trataban.

Acogió con agrado la visita de Laurent, pero a las primeras palabras que éste pronunció, el notario sintió que las antiparras le resbalaban de la nariz a causa del repentino sudor que perlaba su rostro.

—Buenos días, Honoré. Vengo a comunicarte una fatal noticia. He perdido a mi Mireille.

—¡Demontres! Pero... si anteayer mismo la vi rozagante y hechicera como siempre...

—Huyó en el velero del pirata español que...

—¡Demontres, demontres, demontres! ¿Has bebido, Etienne?

—Hice cuanto pude por impedirlo, Honoré. Pero era algo contra lo que nadie puede luchar. Mireille se enamoró de Carlos Lezama...

Honoré Fripon reajustó sus antiparras y tosió doctoralmente.

—Recuerda a Ysobel de Ferjus, Etienne. La que por amor abandonó todo para seguir al juglar bandolero. Y las crónicas de la familia Ferjus afirman que fué feliz. Consuélate, mi viejo amigo. Si Mireille desoyó tus ruegos, era porque tenía la convicción de que sería feliz con el pirata español. Seamos benévolos en nuestros juicios. Presencio en mi despacho tantos matrimonios forjados por conveniencias que, créeme, y que el santo patrón de los notarios no me lo tome en cuenta, casi celebro que Mireille haya seguido los dictados de su corazón. Nuestros viejos huesos se remozan al recordar, de vez en cuando, que existe la poesía... Bien, bien, bien.

—Y el notario se sonó ruidosamente, porque adivinaba el íntimo dolor de su amigo al verse privado de la compañía de la que educó como a una hija.— Algún día ella volverá...

—El velero iba rumbo al Caribe. Él tiene su cabeza puesta a precio... En fin, mi buen Honoré... trataré de olvidar. Si ella es feliz... —y bruscamente, para cambiar de conversación, el viejo preceptor preguntó—: ¿Conoces al señor Diego Lucientes?

—¡Oh, sí! ¡Un magnífico loco! Un granuja simpático, con arranques de caballero completo. Varias veces escapado de la horca, ha enviudado tres veces, y su mejor obra es una deliciosa criatura que ha confiado a mis cuidados. Me la dejó cuando fué en busca de fortuna para ella, al quedar desheredado... ¿No conoces lo que sucedió en el castillo de Civry? Verás: el señor Lucientes casó ha tiempo con Gabrielle de Ciyrv la cual, al morir dando a luz a Gaby Lucientes, nombró heredero universal de sus bienes a su viudo. Éste, que es desprendido, hizo renuncia de todo a nombre de su hija, Pero he aquí que asoman unos cuervos. Toma, lee, y verás lo que sucedió.

El notario tendió a su amigo un pergamino que acababa de extraer de un archivo. Etienne Laurent leyó:

> “En París, a 23 de octubre de 1710.
>
> ”Al notario Honoré Fripon, de Angulema.
>
> ”Señor:
>
> ”Como albacea testamentario que fuisteis de la difunta Gabrielle de Civry, cuya muerte acabamos de saber inesperada y fortuitamente, os interesará entrar en conocimiento de cuanto sigue, al igual que del documento copia del legítimo que obra en nuestro poder.
>
> ”Suponíamos que Gabrielle, respectivamente nuestra hermana y cuñada...”.

Ojeó Laurent la firma que rubricaban dos nombres: Suzanne Lahaye y Lue Praviel, y siguió leyendo:

> “...nuestra hermana y cuñada, seguía en las Antillas, donde fué a la isla Martinica. Hemos sabido que murió en

Civry, en extrañas circunstancias, y casada. Ella era heredera del patrimonio del gentilhombre Ferdinand de Civry, su padre legítimo.

”Pero a la muerte de Gabrielle, yo, Suzanne Lahaye, hija natural del caballero de Civry, paso a ser propietaria indiscutible de cuantos bienes haya dejado a su muerte.

”Ignoramos si legó a favor de su viudo. Si tal hizo, leed el documento adjunto, copia del legítimo, firmado y escrito de puño y letra por el gentilhombre Ferdinand de Civry.

”Enviamos esta carta para que toméis, en relación con el caso, las medidas que estiméis pertinentes. Estamos poniendo en orden nuestras posesiones parisinas para emprender el viaje, primero a Angulema a visitaros, y después a Civry para residir en nuestro castillo.

”Quedamos vuestros servidores.

”Suzanne Lahaye
”Lue Praviel.”

Devolvió Laurent el documento, y el notario explicó:

—Todo estaba en orden. Muy contra mi particular voluntad, tuve que reconocer que el castillo de Civry pertenecía al matrimonio Lahaye.

—¿Y la niña quedó, pues, sin bienes fortuna?

—En efecto. Yo me brindé, siendo soltero y necesitado de un afecto, a recoger a Gaby y darle los mismos cuidados que hubiese prodigado a la hija que no he tenido. Su padre partió a Italia con el pirata español, en busca de fortuna. No sé lo que allí sucedió..., pero el hecho es que hace apenas unos días vino un emisario portador de cartas de pagos contra varias casas de Banca francesas. Una fortuna inmensa. Trescientos cincuenta mil ducados en oro...

Etienne Laurent respingó ante la cifra.

—Pero... ¡entonces esta niña será una de las mujeres más ricas de Francia cuando esté en edad de administrar sus propios bienes!

—Cierto. Y ansioso espero al señor Lucientes para que me cuente lo que ha decidido hacer. Con hombres de su temple y de rojos cabellos, nunca se sabe lo que ocurrirá. Es todo un caballero...

cuando quiere. Pero a instantes me da miedo... En fin, ya vendrá.

—Partió al castillo de Civry: Dijo que pronto estaría de regreso, y que aquí le aguardase. ¿Mientras, me permites ver a Gaby?

—Te encantará. Es un prodigio de listeza y donosura.

* * *

En el castillo de Civry, Suzanne Lahaye, obesa y de avinagrado rostro carente de atractivos, escuchaba complacida los requiebros interesados del apuesto y esbelto Lue Praviel.

—...digno estuche de tus encantos, vidita mía. Este castillo realza para mí los muchos atractivos que a mis ojos posees.

Un lacayo fué a interrumpir la tierna escena, para anunciar que un caballero deseaba ser recibido.

—Será algún castellano de los contornos que viene a presentarnos sus respetos-dijo ufana la bastarda del gentilhombre de Civry.

Su esposo hizo un gesto que pretendía ser un compendio de elegancia.

—Introducid, lacayo.

Y apenas salió el fámulo, miró a su esposa como pidiendo aprobación. Ella le dedicó un mimo, que en su fuero interno Lue Praviel calificó de grotesco.

Entró en la sala Diego Lucientes, cuyo porte mereció la admiración de Suzanne Lahaye, ante quien se inclinó en profunda reverencia.

—Vuestro servidor, señora. Beso vuestra mano-dijo sin coger la gordezuela y mantecosa diestra femenina.

Lue Praviel, en pie, devolvió el saludo breve del visitante.

—Permitidme que me presente yo mismo, ya que no poseo quien me sirva de embajador. Soy Diego Lucientes el que hasta vuestra llegada se consideró dueño de este castillo... ¡Oh, no es preciso que adoptéis severo continente, señor Praviel! Vengo en son de paz, yo que adoro la pelea. Reconozco que los leguleyos a veces deben ser acatados en sus decisiones, y no vengo a discutir vuestro derecho..., muy legítimo, señora. Si no pleiteé, es porque aborrezco alimentar a la gente de curia, y también porque de antemano sabía que había de perder. Azares de la fortuna han querido que entre en posesión de una gran fortuna. Puedo y quiero comprar de nuevo este castillo. Y cuento señora, con que vos seréis benévola y tendréis en mucha

estima a un padre que desea que su hija se vea de nuevo en el castillo donde correteó feliz.

Suzanne Lahaye, altivamente, agitó en ademán negativo la empelucada cabeza, crispados los labios.

Lue Praviel estiró los puños de encajes que festoneaban sus mangas y aclaróse la garganta para hablar, tras aguardar la señal de asentimiento de su esposa.

—No estamos dispuestos a vender, señor. Lo sentimos.

—Tasad, señor. Vos sois buen tendero, según me han dicho. ¿En qué valoráis este castillo?

—¡Oh!... Al menos, según mis informes, vale los quinientos mil luises.

—En trescientos mil está valorado, según el acta notarial. Sin embargo, no vine a regatear, ya que el valor del dinero no cuenta para mí...

—Podéis iros cuando lo deseéis, señor-dijo altivamente Suzanne Lahaye manejando con rigidez sus impertinentes, que la molestaban sobremanera, y avanzando la prominente barbilla —. No vendemos.

—En este caso, señora, y ante vuestra amable invitación, me retiro. No obstante, quisiera hablar unas palabras con vuestro señor marido. ¿Me hacéis el honor de acompañarme, señor Praviel? No conozco bien el camino de salida, y podría extraviarme.

Lue Praviel siguió al visitante, y, ya en el jardín, Diego Lucientes, palpándose reflexivamente la nariz, examinó la arrogante estructura del castillo de Civry.

—Es hermoso, ¿verdad, señor Praviel?

—Indudablemente —dijo con sequedad el aludido.

—Pero reducido a cenizas no tendría valor ninguno...

—¿Qué pretendéis insinuar?...

—No os encabritéis, buen mozo. Ante vuestra linda media naranja que rezuma agrura, no podía comportarme como habitúo. Soy galante, mal me pese, en ciertas ocasiones. Parcamente os anuncio que grandes catástrofes se avecinan. La menor es vuestra figura colgando de la almena mayor. Con la lengua fuera estaríais poco agraciado. Pero tendríais una muerte digna de un emperador romano. Lue Praviel, ahorcado entre las llamas de Civry, me inspiraría una tocata de arpa...

Palideció el parisino...

—¿Pensáis que vuestras bravatas me asustan? Avisaré a la justicia.

—Hacedlo. Nadie nos oye. Y si me cuelgan después de que os haya colgado y haya incendiado este castillo, sacaré la lengua con gran placer. ¿Lo suponéis bravata? Quizá lo sea para vos. Para mí, no. Desgraciadamente, os daréis cuenta de ello cuando sea tarde. Aceptad un consejo. Trescientos mil luises os compensarán de soportar al adefesio que elegisteis por esposa. Cuestión de gustos... No os lo discuto. Y tampoco os discuto el derecho que tenéis de morir aristocráticamente, ahorcado entre las ruinas en llamas de un castillo que le sienta a vuestra señora como a un pato un par de guantes... Entre nosotros sea dicho, señor Praviel. Sed buen tendero. No digáis que estoy loco, porque ya lo sé. Pero no me encerrarán. Si fuerais con el cuento a la justicia, a vos os encerrarían por loco atacado de manías tétricas. Yo negaría, y cuando pongo cara de inocente, nadie duda que soy necio. ¿Lo sois vos?

—Reflexionaré...

—Hacedlo pronto. Aquí aguardo.

—Dadme unas horas.

—Aquí aguardo, señor Praviel. Besad bien y hablad poco, y vuestra esposa gruñirá rápidamente diciendo que acepta. Decid que os habéis dado cuenta de que los cimientes están socavados... que son muy endebles... Andad, señor Praviel. Aguardaré media hora. Después..., Alá es grande y yo soy Mahoma... Veo ya crepitar los muros, y veo vuestro bello rostro torcerse en muecas de agonía, mientras yo bailo al son del arpa...

Lue Praviel marchóse precipitadamente. Diego Lucientes quedóse sonriendo...

—Creo que he logrado convencerle. En la duda de si estoy loco, prevalecerán mis trescientos mil luises. Pequeño bocado en la magnífica dote de mi hija.

Lue Praviel, llevando del brazo a su esposa, acercóse con dignidad un cuarto de hora después. Suzanne Lahaye preguntó, interesada:

—¿Es cierto, señor Lucientes, que fuisteis gran amigo de mi esposo en ocasión en que ambos erais adolescentes, y que al pronto no os reconoció?

—Ciertísimo. Evocamos tiempos pasados, señora, y fué

enternecedor.

—Siendo así, mi esposo ha estimado muy razonable vuestra oferta. En realidad, tarde o temprano hubiésemos vendido el castillo. Mejor que seáis vos quien recupere esta posesión.

—Gracias, señora. A vuestros encantos visibles unís el oculto de un gran corazón. Será gratísimo firmar el contrato de venta en plena cordialidad ante el señor notario. ¿No opinas lo mismo, querido Lue?

El aludido forzó una sonrisa, que le salió muy natural. Tenía gran costumbre de fingir agrado...



Cuando los trámites estuvieron ultimados y fuéronse ambos cónyuges, irrumpió en la sala del notario una diminuta muchacha de ojos azules y cabellos rubios rojizos, que se abalanzó en los brazos de Diego Lucientes.

Honoré Fripon, discretamente, abandonó su despacho. Gabrielle Lucientes de Civry instalóse confortablemente en las rodillas de su padre.

—¡Repámpanos, papá! ¡Que muchas eran ya las ganazas que tenía de verte!...

—Mi linda señora. Tratad de mejorar vuestro palabreo, ¡córcholis! Que para eso os he buscado maestro docto.

—¿El señor gordito y simpaticote? He hecho buenas migas con él. Sabe jugar muy bien al borriquillo coceador...

—¡Vaya! Un arte que le ignoraba. Nos relevaremos él y yo. Vamos a volver a Civry, muñeca.

—¡Qué bien! Pero tú no te marcharás ya nunca más, ¿verdad, papá?... Porque a ti te gusta mucho irte y volver, volver e irte...

—Todos los lugares del mundo son los mismos, Gaby. He decidido quedarme para siempre contigo. —Y mentalmente Lucientes se prometía que aquel "siempre" se prolongase lo más posible.— Si me da la ventolera de viajar, conmigo vendrás y con el señor Laurent, que muchas cosas buenas te enseñará.

—Pero... ¡no quiero tocar el clavicordio!

—Chitón..., ¡maldita sea! Tocarás el clavicordio, porque una dama que de tal se precie, sabe musiquear.

—Bueno... Si tú lo dices... ¿Y el señor Lezama?

Acarició Lucientes los bucles de su hija, y en voz queda

murmuró:

—Se fué lejos. Algún día puede volver…

—¿Dónde fué, papá?

—Fué… —y buscando una frase adecuada que pudiera ella entender, añadió—: Fué a luchar contra esos hombres malos que una vez te expliqué. Esos hombres que no tienen sentimientos, y todo lo destrozan.

—¿Negreros?

—Eso es, hija mía. Fué a combatir contra todos los negreros del mundo.

Capítulo IV

El Capitán Ibarguengoitia

El 12 de marzo, día de apacible ventolina, un velero situado en los treinta grados de latitud Norte y los nueve y diez de longitud Oeste, avistó a lo lejos el blanco velamen de otra nave de parecidas características, que surgía lentamente del horizonte.

Desde el puente de mando, un obeso y sanguíneo sujeto proyectó su anteojo hacia el punto blanco.

Era un día de calma y las velas pendían fláccidas. El capitán Fermín Ibarguengoitia, desde el amanecer imprecaba por lo bajo un selecto repertorio de complicadísimas blasfemias.

Si perduraba la flojedad del viento, convirtiéndose en la temible "calma chicha", no iba a poder llegar a tiempo a la cita que tenía en la Playa de San Andrés de la costa tinerfeña.

Y, para colmo de males, aparecía ahora en el horizonte aquel barco en cuyo mástil no ondeaba pabellón alguno, como era lo acostumbrado en naves de decente armador.

—¿Veis insignia alguna, Barrenechea?

El aludido, lugarteniente envarado y de siniestra catadura, tomóse algún tiempo para contestar. Lo hizo después de un prolongado examen, a través de su catalejo, de la nave lejana.

—Casco ligero, palos altos y doble vela, capitán.

—¿Y pues?

—Me parece nave antillana o así, capitán.

—Lo que me temí.

—Dama muy vistosa en el puente de mando, capitán.

—La vi. ¿Y pues?

—No es galeón español, capitán. Pocos tripulantes y barco de pasaje debe ser o así.

—La corriente cálida del golfo se revuelve por esos parajes, Barrenechea. De persistir la calma, la corriente nos va a obligar a besar nuestros cascos.

—No viene hacia acá por su voluntad, capitán. Es la corriente quien lo empuja.

—¿Quiere eso decir que cuando estemos a su alcance no soltará andanada? No fío de veleros que no enarbolan pabellón cuando está a la vista otra nave.

Miró Barrenechea hacia lo alto del mástil del buque capitaneado por Fermín Ibarguengoitia. Las correderas pendían, pero no lucía banderola alguna.

Veinte años de muy distintas vicisitudes en toda clase de navegaciones habían convertido al capitán Ibarguengoitia en un cauteloso y taimado hombre de mar, cuyo lema era: "Hundir al pequeño y huir del grande".

Había navegado siempre solitario, dedicado a empresas de piratería de poca monta, saliendo siempre triunfante porque no emprendía ataque si no tenía la convicción de actuar contra enemigo inferior.

En el Caribe había adquirido la reputación de hombre cauto que vendía muy buenos informes, apreciados por la "Hermandad de la Costa".

Basándose en la fama de honradez que habían conquistado los vascos en las Islas españolas, fingía ser nave mercante, y, teniendo libre acceso a los puertos coloniales, podía luego informar a las naves filibusteras del Caribe de cuantos detalles pudieran serles útiles para intentar ataques y saqueos fructíferos.

Debía a eso el haber sobrevivido solitario, apreciado por los mismos a quienes traicionaba, y protegido por "Los Hermanos de la Costa".

Pero, descubierto su doble juego, tuvo que rehuir la proximidad de los ancladeros antillanos, y, tras algunos intentos por las costas europeas, coronados todos por el fracaso, mermadas sus reservas, y acostumbrado a la vida fácil y regalona de ladronzuelo de mar, ancló en el puerto de Santa Cruz de Tinerfe siete meses antes, decidido a intentar el tráfico negrero. Hizo cautelosos sondeos, y halló que el ánimo de los afortunados descendientes de los guanches no sólo no estaba dispuesto a conseguir un

acrecentamiento de sus fortunas por medio de tan lucrativo negocio, sino que eran “unos timoratos gazmoños que tildaban de repugnante aquel comercio”, como dijo Ibarguengoitia a su lugarteniente después de varios días de estancia en la capital tinerfeña.

Intentar por sus propios medios el anclar en costa africana era empresa suicida. Y cuando el ánimo del capitán Ibarguengoitia hallábase sumido en furibunda desesperación, apareció Imeldo Tejona.

De cuanto con él habló, sacó Ibarguengoitia la impresión de que había un personaje muy adinerado que estaba dispuesto a formar una compañía negrera, pero que bajo ningún concepto quería que su identidad fueran conocida, para no caer en el desprecio de sus compatriotas, si algún día, al tomar auge la incipiente asociación, se llegara a saber quién era la misteriosa personalidad que financiaba y mantenía en línea tres naves de transporte y un buque de protección.

Para ello Imeldo Tejona requería al capitán Ibarguengoitia su velero ágil y maniobrero. Podría servir a las mil maravillas como refuerzo para las tres naves negreras.

Las condiciones monetarias que como portavoz ofreció Tejona, entregando un anticipo de sueldos, complacieron al capitán vasco, que en su propio interés declaró solemnemente que anclaría en la playa de San Andrés en la primera quincena de marzo.

Y ahora, inesperadamente, dos obstáculos surgían en el camino hasta entonces fácil. Por un lado, la repentina calma, que aflojó las velas y convirtió al navío en un casco a merced de la corriente débil pero tenaz del “Gulf Stream”, y por otro, la aparición de aquel velero sin pabellón, que iba agrandándose en el horizonte.

—¡Iza trapo de cruz!

La orden del capitán vasco demostraba su temperamento cauteloso. Ignorante de la nacionalidad del barco alistado, no quería izar ninguno de los distintos pabellones de que disponía según las circunstancias.

Por eso el vigía mantuvo tenso el banderín azul donde campeaba una cruz blanca. “Petición de pabellón”.

Enfocó Ibarguengoitia, imitado por su segundo, el catalejo hacia lo alto del mástil de la nave que ahora distaba tres millas.

Pasaron unos instantes... y en el mástil del velero requerido a declarar su nacionalidad apareció un banderín azul con cruz blanca.

—¡Tramposo traidor! —gruñó el vasco, encolerizado.

—Marchó la rica hembra, capitán —comentó Barrenechea—. Descendió a las cámaras.

—Mal augurio... ¡Rayos y truenos! ¡Es el "Aquilón"!

Más que dos exclamaciones, fueron dos bramidos los que lanzó Ibarguengoitia cuando su anteojo pudo ya deletrear las letras de oro del cartel de proa del velero, que iba acercándose, empujado por la corriente.

Durante sus años de navegación por el Caribe dos habían sido los continuos temores del capitán Ibarguengoitia: uno, que los galeones españoles descubrieran un día su doble juego, y otro, que el "Aquilón", el velero del Pirata Negro, surgiera de improviso.

Lo que ignoraba era que en aquellos instantes el Pirata Negro no tenía ningún deseo de lucha.

Pero los relatos de los cruentos combates en que el "Aquilón" había derrotado a navíos de "Los Hermanos de la Costa" estaban siempre presentes en la mente del capitán vasco.

Aulló la orden de "¡zafarrancho", y los sesenta tripulantes de su nave corrieron a sus puestos de combate.

Llevaba una doble carenada, con diez bocas por banda... Encendieron los artilleros sus mechas, pasando los de estribor a la otra banda, por la disposición del casco enfrentado lateralmente con el que avanzaba impulsado por la corriente cálida.

El "Aquilón" hizo una maniobra que al pronto no fué interpretada en su justo valor por los vascos. Arrió todas las velas, y su marcha disminuyó aún más al quedar convertida su cubierta en un suelo del que emergían tres palos desnudos, como árboles desprovistos de ramas y hojas.

"Quien pega primero, pega dos veces", solía decir con frecuencia Ibarguengoitia. Ordenó fuego, pese a la mueca de contrariedad de su segundo.

La doble andanada estruendosa levantó altos penachos de espuma a media milla ante el casco del "Aquilón"...

—¿Corto? capitán-dijo innecesariamente el segundo.

—¡Barrera! —aulló el vasco.

Ambos barcos eran mutuamente blancos infalibles, dado que no

podían maniobrar, y eran inexorablemente impulsados por la corriente el uno hacia el otro.

Con su orden, el capitán Ibarguengoitia daba a entender que las andanadas debían continuar a modo de barrera de fuego…

La segunda salva fué disparada justamente cuando la distancia que separaba las dos naves era la precisa para el alcance.

Una línea de humó marcó la alta cubierta del “Aquilón”…

—¡Tocado! —vociferó Ibarguengoitia congestionado.

No habíase aún extinguido el eco de la andanada, cuando, como si repicara sobre el calmoso océano, un redoble que aumentó progresivamente de sonoridad fué al encuentro del velero vasco.

—Tocado-dijo flemáticamente Barrenechea, cuando saltaron por el aire, descuartizados, los servidores de una pieza alcanzados por el único cañonazo del “Aquilón”.

Aureolas de humo rodeaban ambas naves. De pronto comprendió Ibarguengoitia el motivo por el que el “Aquilón” había arriado todas sus velas. Eran inservibles dado el escaso viento que no lograba tensarlas, y no se convertían en un peligro, como ahora lo constituían las desplegadas del vasco.

Comprendió también la razón del disparo alto que había desmoronado la pieza artillera de cubierta alta.

Era tanteo, al cual siguió una andanada que como un repentino huracán segó los palos, perforando las velas fláccidas e incendiándolas.

A aquella distancia los cañonazos eran certeros…

Abatiéronse sobre cubierta las velas, tronchadas por el fuego de artillería.

Una nueva andanada destrozó el coronamiento de babor del “Aquilón”, derribando el palo mesana.

Ambas bordas eran ya visibles sin ayuda de los lentes… Enmudecieron las piezas al chocar contra los pasamanos los garfios de abordaje…

Fué ya una lucha de hombre a hombre la que se trabó entre las dos naves humeantes, inmovilizadas borda contra borda.



Fué una lucha de hombre a hombre...

Un furor indescriptible parecía animar a los tripulantes del "Aquilón", que, recurriendo a todos los ardides en que eran pródigos, asolaban la cubierta incendiada del velero que había osado atacar a la nave que, rumbo al Caribe, no hubiera presentado combate, de no ser por la corriente y el ciego temor del capitán Ibarguengoitia.

Atardecía cuando veintiocho supervivientes del "Aquilón" luchaban vigorosamente para apagar el incendio iniciado en el velero.

La nave vasca flotaba escorada, convertida en una pavesa, que chirriaba tétricamente al ser engullida con lentitud por el mar.

Barrenechea, sorprendido cuando intentaba lanzarse hacia la santabárbara del "Aquilón", había caído, agujereado el pecho por un estoconazo del Pirata Negro.

Había cesado ya el combate, y el lugarteniente vasco, arañando el suelo de la cubierta del "Aquilón", lanzó sus últimos reproches al que ya había dejado de existir.

—Os lo dije, capitán Ibarguengoitia... Si seguro era el ancladero de la Playa de San Andrés..., estos mares nos iban a hundir... Esperaban un velero...

—Las baterías tinerfeñas os hubiesen hundido-dijo el Pirata Negro, inclinado sobre el agonizante.

—No tal... ¡Un velero español con pabellón blanco era esperado... ¡Dadme agua, capitán!

Atendiendo una señal de Lezama, un pirata humedeció los labios del moribundo, aplicando a ellos el gollete de su cantimplora.

—¿Por qué nos atacasteis, si lucha no queríamos?

No replicó Barrenechea, porque el esfuerzo para beber el misericordioso vino había sido su último impulso vital.

Media hora después, cuando ya el velero vasco habíase hundido, y los tripulantes del “Aquilón” afanábanse en reparar las averías, taponando las brechas por las que el agua se filtraba, el Pirata Negro llamó a “Cien Chirlos”, que ostentaba el brazo izquierdo en cabestrillo y un ancho corte encima de la ceja, que emanaba un rancio olor a vinagre y balsámicas hierbas maceradas.

—Mejor reparado quedas que puede quedar mi “Aquilón” si no tocamos tierra. Es preciso que anclemos en la isla de Tinerfe. Cuando el viento se decida a soplar, podrá llevarnos hasta la Playa de San Andrés. Más allá, resquebrajaduras del casco y el hoyo nos hundiría... El palo de mesana, los de proa pedirán varios días de serrería en tierra firme. Parece ser que esperaban allá al capitán difunto. Supongo que no me harán muchos ascos si digo que el capitán que quiso hundirnos y casi lo logró, ha delegado en mí por unos días el recibir hospitalidad en aguas tinerfeñas. Es nuestro único recurso, don Marcelo.

Por espacio de tres días, los tripulantes del “Aquilón” tuvieron que dedicarse incesantemente a la ingrata tarea de achicar el agua que penetraba en las calas por los resquicios de los boquetes taponados provisionalmente.

A media noche del 16 empezó a silbar el viento, y, como si quisiera desquitarse del prolongado descanso, latigueó furioso las velas tensas que, con los palos que le quedaban, presentó el “Aquilón”.

Dejando atrás el cabo de Punta Anaga, desde el castillete de proa, contempló Lezama la bahía de San Andrés, enmarcando en el

lente de su catalejo tres siluetas achaparradas de buques anclados en la bahía.

—No queda más remedio, don Marcelo-anunció a “Cien Chirlos”, que, un paso tras él, observaba también las tres naves —. Allí esperan un velero contra el que no dispararán. En cambio, en el puerto de Santa Cruz, las fortalezas suelen dar mala acogida a los barcos cuya llegada no es usual.

Ordenó un avance precavido, arriando las velas de uno de los palos, pero cuando ancló en la Playa de San Andrés, ninguna de las dotaciones de las otras tres naves alteró su continente de fuerzas en reposo, ante la llegada del velero con huellas de reciente combate, y que a ambos lados de proa cubría con trapos el cartel de letras demasiado conocidas.

En la lancha que bogaba hacia las arenas, iban el Pirata Negro, “Cien Chirlos” y seis remeros armados hasta los dientes.

Pero en la desierta playa sólo había un muchacho de edad no superior a los doce años, que avanzó al encuentro del Pirata Negro, reconociendo en él al jefe porque avanzaba al frente de los siete hombres recelosos, que acababan de desembarcar...

—Bienvenido seáis, señor caballero —saludó el mozalbete, con voz cantarina—. Enviado soy para deciros que sois esperado. Mi señora “La Guancha” dióme este mensaje para vos.

Tendió el muchacho un jirón de tela blanca en la que con letras rojas y gruesas, trabajosamente perfiladas con pincel, leyó Lezama:

> “Bienvenida al capitán Ibarguengoitia, de cuya merced espero acuda solo, con mis otros tres capitanes, al lugar donde será conducido por el portador.”

A modo de firma, había unos signos cabalísticos con apariencia de huesos entrelazados, y bajo ellos dos palabras: “La Guancha”.

—Yo os conduciré, señor caballero-canturreó cansinamente el muchacho, cuyo rostro tenía una vaga semejanza con el perfil indolente y a la vez íntimamente colérico de un camello —. Llevaré de la brida vuestro caballo.

Y señaló hacia un lugar indefinido más allá de la línea de arboleda.

—Aguarda un instante, mocito, mientras doy mis instrucciones a mis hombres.

Separóse el Pirata Negro hasta llegar donde esperaba “Cien Chirlos”.

—No más allá de tres días con sus noches para acicalar y dejar pimpante a mi “Aquilón”, don Marcelo. Este maldito... —y leyó Lezama en el jirón de tela-Ibarguengoitia; además de su nombre indecente, nos cortó el camino. Justo es que ahora nos sirva de protección para poder reparar tranquilos. Yo voy a visitar a no sé quién.

—¿Te acompaño, señor?

—Tu sitio está aquí. Cuida de mis dos amores.

—No me gusta, señor, este mocoso. Tiene cara de demasiado listo para su edad.

—Ni él ni yo necesitamos nodriza. Tu, a lo tuyo, que yo más que nunca ya sabré navegar por tierra sin hundirme.

Instantes después, montado ya el Pirata Negro en un brioso caballo arábigo-español de los que poblaban las corralizas de los ejércitos españoles, miró al chiquillo que seriamente se asía del bocado.

—Sube conmigo e irás más cómodo, “rompetechos”.

—No lo quiera yo, señor caballero —replicó altivamente el muchacho, lanzando una mirada poco amable hacia el jinete—. Me mandó mi señora “La Guancha” venir a pie. Mi nombre es Temístocles, y techos aun no he roto, ni confianzas admito señor caballero.

—¡Tate!... No te enfurezcas, joven doncel. Evitémonos, pues, confianzas, y llévame ya a donde esperan al capitán Ibarguengoitia.

Capítulo V

>

La casa de “La Guancha”

La voz atenorada, clara y vibrante, cantó, en un español dulzón, de consonantes suavizadas y largas vocales:

“Errante y trovador,
nací para cantar…
Al pie de tu ventana
Quiero adorar
tu belleza de flor…”

En la alta terraza de la casa solitaria, Basil Hoss se encogió de hombros con desdén. Arnau Montané apartó por unos instantes la mirada de unos papeles que compulsaba, y arrugó la nariz con despreciativa mueca.

La misma voz procedente del tupido jardín entonó otro cantar:

“Me gustan las flores
cuando están en granazón,
y también los amores
por la misma razón…”

De un manotazo ahuyentó Montané una mosca que revoloteaba a su alrededor. Gruñó:

—El capitán Preziosi me parece tomarse muy alegremente esta pérdida de tiempo, ¿sabéis, capitán Hoss?

—Es joven, insubstancial y muy pegado de sí mismo, capitán Montané —replicó el inglés—. El aroma de tantas flores le embriaga, y sólo piensa en ellas.

Ambos estaban sentados en sendas mecedoras instaladas en la terraza que remataba la casa terrera y solitaria, erigida en el frondoso jardín cuya exuberante vegetación era flanqueada por el

anillo de dos senderos que divergían y volvían a juntarse, encerrando en su centro la casa a la cual dos noches antes había conducido Imeldo Tejona a los tres capitanes.

A la petición de Montané de tener una entrevista con el propietario de la casa, que consideraba su armador, había replicado Tejona que tan pronto llegase el capitán Ibarguengoitia se verificaría la entrevista, para sentar y ultimar los detalles de la asociación, iniciada meses antes.

A la vez, rogaba que, ateniéndose a las cláusulas verbales que él había retransmitido tuvieran a bien no ausentarse de la casa, no saliendo mas allá de sus jardines.

Rino Preziosi había recorrido todas las habitaciones, sacando la conclusión de que nadie vivía en ella, aparte de ellos mismos.

Cuatro habitaciones, despidiendo un peculiar olor a ranciedad y abandone que el perfume de las flores no lograba vencer, habían sido amuebladas estrictamente para alojar a cuatro huéspedes.

Las comidas eran servidas por un muchacho que respondía al nombre de Temístocles y no manifestaba la menor propensión a ser amable. Traía las fuentes de una misteriosa cocina cuyo emplazamiento trataba en vano, Rino Preziosi, de localizar.

El siciliano, llevando en la mano un manojo de rosas, entró en la terraza y sentóse en la balaustrada, mirando alternativamente los ceños adustos del inglés y el catalán.

—Vuestra serenata a los árboles y las hojas demuestra que os tomáis alegremente esta espera, capitán Preziosi-dijo el catalán.

—Hago prácticas, capitán Montané. Tengo un tesoro en la voz. y empleándola bien, he rendido muchos corazones. Magia de mi cantar que complementa las muchas dotes que poseo y que me hacen ser irresistible.

—No os prodiguéis, capitán Preziosi-dijo secamente el inglés —. Todas las indígenas de la isla estarán deseosas de oíros y rendirse a los muchos encantos con cuya enumeración nos entretenéis con frecuencia.

—Lo que sucede, señores míos, es que estáis poco familiarizados con la espera. Vos sois impaciente, capitán Montané, y desearíais estar ya en camino. Vos sois melancólico, capitán Hoss. y consideráis la sonrisa como un gesto inútil e impropio de seres sesudos. Hay que tomarlo todo riendo.

—Es que a mí, capitán Preziosi, me pesa el fardo de algo que a vos no os molesta lo más mínimo.

—¿Qué es?

—Inteligencia.

—Creí que era el fardo mal digerido de vuestros crímenes, capitán Hoss —dijo el siciliano, arrojando al suelo las flores y poniéndose en pie.

—¡Sensatez, caballeros, sensatez! —intervino Montané desde su mecedora, blandiendo uno de los papeles que soportaba sobre su regazo—. La pereza es madre de todos los vicios, y esta inacción irrita nuestros temples. Somos socios, y debemos soportarnos y tratar de perdonarnos mutuamente nuestros defectos.

—Amén... —dijo riendo el siciliano. Pero miraba retador al inglés, que encogióse de nuevo de hombros, y volvió a sentarse.

—El culpable de esta demora, es el capitán Ibarguengoitia —lamentóse Montané—. Y la enfermedad que aqueja al señor Tejona aumenta el desasosiego de esta situación. Bien está que se nos pida discreción, pero hora es ya de que quien nos paga nos hable y se deje ver.

—El color de su oro no palidece por ello, capitán Montané-dijo el inglés. —En cuanto a la enfermedad que desde ayer tiene en cama al señor Tejona... ya sabéis quien es el responsable.

—Me precio de haber demostrado que la glotonería del señor Tejona no sabría resistir dos platos de “minestrone al risoli” —sonrió el siciliano—. Se empachó... como vos me empacháis, capitán Hoss.

—Paz, caballeros, paz... —apremió Montané—. No pongamos en peligro la sociedad que ha de producir grandes beneficios. Tened en cuenta que una vez nuestro armador nos haya hablado, partiremos con rutas distintas, supongo, y ya no habremos de estar en contacto personal. Lo que yo quisiera saber, es por qué se rodea de tanto misterio una cosa tan sencilla. Una persona rica de esta isla quiere emplear sus fondos en negociar... ¿Para qué, pues, tanto tapujo? Al pan, pan, y al agua, agua...

—¿Tanto os interesa saber quién es el armador que contrató nuestros servicios? —inquirió Basil Hoss.

—Mirad, capitán Hoss, yo siempre gusto de saber con quién trato, ¿sabéis? —manifestó Montané.

—Ver un rostro, oír una voz, no significa conocer.

—Es un filósofo-comentó Preziosi, sonriendo —. Seguid ilustrándonos, capitán Hoss.

—En el breve espacio de tiempo en que he tenido la desgracia de permanecer obligatoriamente a vuestro lado, caballero, habéis logrado persuadirme de que sois la personificación de la pedantería, ignorante y charlatán,

—Y vos, con vuestra mueca de tragar vinagre, dais dentera, muy señor mío.

—Querellas fútiles, caballeros. Me parece que las antipatías personales deben olvidarse, en pro de los negocios. Tenemos que estar unidos, y aunque vos, capitán Preziosi, seáis huero, provocador y vanidoso, y vos, capitán Hoss, me seáis hondamente repulsivo, no por eso debemos cantarnos las verdades con ánimo de pasar a vías de hecho. Somos tres puntales de una asociación, y debemos tolerarnos, capitán Hoss, ¿sabéis?

—Más que un capitán, parecéis, un covachuelista escribano.

—¡Encantador, encantador! —rió Preziosi, palmeando delicadamente—. Me estoy divirtiendo sobremanera... Favorables auspicios de cordialidad... Meted en un saco tres gatos y obtendréis el mismo resultado... ¡Ah, señores caballeros míos, me aburro!

Bostezó, repicando con sus nudillos en los blancos dientes y después estiró cuanto pudo sus brazos.

—Sobran flores y faltan mujeres... Estas rosas en el suelo me recuerdan labios de mujer y sangre de corazones... ¿Es roja vuestra sangre, capitán Hoss, o blanca?

—Espero en alguna ocasión concederos la ocasión de comprobarlo...

—Nos enerva este clima, señores —sentenció Montané—. Cuando la brisa salobre nos refresque, se calmará el ardor de nuestra sangre.

—¡Ah!... ¿Pero arde alguna vez la vuestra? —preguntó Preziosi, afectando sorpresa.

—Cada cosa a su tiempo, capitán Preziosi. No os deseo que tengáis ocasión de comprobarlo... Soy menos benigno que el capitán Hoss...

Basil Hoss, de espaldas a los otros dos, contemplaba los solitarios parajes que eran atravesados por los dos senderos que

rodeaban la casa.

Terció la boca, cuando divisó que en uno de los senderos que iba remontándose en curvas hacia la cercana población de La Laguna, un campesino ataviado con la larga capa blanca se persignaba al pasar frente a la casa en cuya terraza se hallaba el inglés.

Era ya la octava vez que veía hacer el mismo gesto... Y sólo habían sido ocho las personas que desde la terraza habían visto pasar.

Volvióse mirando al capitán Montané.

—Vos que todo parecéis saberlo, capitán Montané: ¿tenéis noción del nombre de esta casa?

—Ya oísteis lo que dijeron tanto el señor Tejona como el rapaz Temístocles-intervino Preziosi —. Dijeron como respuesta a esta misma pregunta que vos hacéis: “Esta es la casa en que antaño vivió nuestra señora “La Guancha”.

—¿Y quién es “La Guancha”?

—Probablemente, alguna imagen de santoral-dijo sinceramente el siciliano —. Ved que le anteponen los reverentes términos de “nuestra señora”. Además, he visto por entre los arbustos que pasaba una campesina, que tentado estuve de corretear tras ella, y se persignaba. Además, en una de las habitaciones hay tres ataúdes... ¿No os lo dije? Son hermosos. Negros y largos, muy largos..., como si fueran destinados a gigantes, o contuvieran cadáveres de gran corpulencia, bien alimentados...

—Mirad, Preziosi... —atajó bruscamente Montané—. No os tolero bromas sobre estos extremos...

—¿No? ¿Y quién mil diablos sois vos para tolerar o no? ¿No predicabais el evangelio de la confraternidad y tolerancia?

Por primera vez sonrió Basil Hoss. Significaba una aprobación a las palabras del siciliano.

—¿Queréis rellenar uno de los ataúdes? Sobrará sitio, os lo aseguro. Estaréis comodísimo. Os invito... —y Preziosi, en pie, dió juego a su estilete en la larga vaina...

Arnau Montané pareció sumido en honda reflexión,

—Estamos perdiendo modales, caballeros-reconvino el inglés —. Soy yo ahora el que recomienda quietud... ¿Habéis dicho tres ataúdes?

—Eso he dicho. Intenté abrirlos, pero no hay quien lo consiga, a

menos de destrozar a hachazos la recia madera con herrajes mohosos. Están los tres en pie, empotrados contra la pared del fondo de una ancha habitación sin ventanas. Frente a ellos hay una mesa y tras ella cuatro sillas como si esperaran a cuatro... a cuatro... —y el siciliano dilató los ojos como si de repente hiciera un cálculo.

—Cuatro somos los convocados... —manifestó Basil Hoss.

—¡Este condenado vasco!... —bramó Montané—. Cuando él llegue, supongo que todo se pondrá en claro.

—Mirad-y el siciliano remedó el acento del catalán —. ¿Sabéis que me parece que os asusta eso de los ataúdes? Sois un cobardón, Montané.

—Lo que no entiendo siempre me asusta, pero cuando lo entiendo deja de asustarme. Hasta hoy no fuí negrero como vuesas mercedes, y no sabía que para esa trata había que recurrir a estos procedimientos de mal gusto.

—Acabáis de citar una palabra imprudente-reprochó el inglés, amenazando con el índice a Montané —. Recordad que os dijeron lo mismo que a mí. Queda vedada la palabra "negrero". Nadie en la isla debe saber a qué comercio nos hemos comprometido.

—Entre nosotros tres no caben tapujos...

—¡Allí viene nuestro queridísimo y desconocido vasco! —exclamó Preziosi, señalando al jardín—. Temístocles le conduce... Éste sí que tiene la clásica estampa del hombre del mar. Aros de oro en las orejas, bronceado semblante... Por fin tendremos ya ocasión de conocer a nuestro armador. Con la tardía llegada del vasco, termina nuestra espera.

Precedido por Temístocles, subió Lezama la escalera que desde el exterior conducía a la terraza.

Al entrar en ella, esfumóse Temístocles para dejarle paso, volviendo a descender la escalera.

Arnau Montané, en pie como los otros dos, gruñó:

—Hora era ya, capitán Ibarguengoitia. La cita era en la primera quincena de marzo.

—Un pirata me salió al paso, dañando mi velero. ¿Vos me conocéis, señor?

—Tampoco os conocen estos caballeros, pero os hemos maldecido bastante por tanta demora, capitán Ibarguengoitia.

—No me llaméis así, porque es un esfuerzo que os quiero

ahorrar. Limitad el tratamiento. ¿Os conozco yo, señor?

—Soy Arnau Montané. Ese caballero que se halla a mi diestra es el capitán Rino Preziosi. El de mi izquierda, es el capitán Basil Hoss. Por estar en tierra española, y vistos los conocimientos de nuestro idioma de estos caballeros, hemos adoptado el español como medio de conversación.

—Ya actuó el chambelán… —sonrió Preziosi—. Sentémonos, señores, que ya la espera ha terminado. ¿Tuvisteis combate, capitán?

—Las pruebas están en mi velero. ¿Vuestras son las tres naves que anclan en la bahía de San Andrés?

—Al parecer, a vos os asignan la misión de velar por la integridad de nuestros barcos y la tarea de escoger buenos puertos… Pero ya nuestro armador nos informará. ¿Dónde rayos se escondió el rapaz? ¡Temístocles!…

—Os confesaré, señores-dijo el Pirata Negro —, que no entiendo una sola palabra de cuanto aquí acontece.

—No os inquietéis por ello-replicó Basil Hoss —. Tampoco nosotros estamos enterados de los motivos de tanto misterio. Por el instante, nos atenemos a lo estipulado por el señor Tejona. No os salió a recibir, debido a que está enfermo. A todos nos rogaron discreción. No cabe duda que quien finanza nuestra expedición desea por todos los medios permanecer desconocido de sus compatriotas. Puritanismo…

—Hasta ahora también vos nos erais desconocido. Por eso os esperábamos con tanta ansia, caballero. ¿Será indiscreción inquirir si antes de ahora tuve el honor de seros presentado? Tengo la impresión de que os conozco…

Miró el Pirata Negro a Rino Preziosi.

—De puerto en puerto muchos son los navegantes. Por lo que a mí respecta, no recuerdo haber tenido la inmensa dicha de hablaros antes de ahora.

—Hay mordacidad en vuestra respuesta señor-se engalló el siciliano. —habláis como si algo os produjera una íntima carcajada que no os atrevéis a soltar.

—Juguetón que es mi carácter, señor Preziosi.

—Vayamos al grano… ¿Donde rayos estará ese rapaz orgulloso? ¡Temístocles!

Oyéronse unos pasos, y en la terraza entró el muchacho, con lento y majestuoso andar.

—Mi señora “La Guancha” os espera, señores caballeros.

Capítulo VI

La sala de los ataúdes

El primero en seguir tras el muchacho fué Arnau Montané. exclamando: —¡Hora era ya de que cesaran tantos misterios!

Rino Preziosi, andando con pasos de bailarín, empezó a descender las escaleras. Basil Hoss, ceremoniosamente, dedicó una leve reverencia al Pirata Negro:

—Vos primero, capitán Ibarguengoitia.

—Vuestra gentileza me abruma, señor. Pero considero inapelable el orden de prelación. Yo llegué el último. Vos delante mío, capitán Hoss.

El inglés repitió su saludo, henchido de tiesura, y acelerando el paso, siguió tras los otros dos que internábanse ya por el interior de la casa.

Era de tosca construcción, y sus gruesos muros despedían el característico olor a abandono y moho de las casas deshabitadas desde largo tiempo.

Pero en la penumbra, y a medida que avanzaban por el ancho corredor de puertas cerradas, una luz rojiza iba aumentando, diseñando con más claridad la menuda silueta de Temístocles.

La luz brotaba de una puerta abierta ante la que se detuvo el muchacho, que cayó de hinojos, mirando como transfigurado hacia el interior de la habitación abierta.

—¡Mi señora “La Guancha”! —y casi fué un grito de salvaje ante su ídolo—. ¡Los cuatro señores caballeros que tenéis merced en recibir!

Arnau Montané, el primero en llegar, retrocedió, soltando una exclamación que nada tenía de respetuosa. Rino Preziosi, a su lado, exhibió una alegre sonrisa...

—¿No os lo dije, señores? —inquirió satisfecho.

Carlos Lezama, junto a Basil Hoss, contempló el extraño espectáculo. Era una sala honda, sin ventanas. En primer término había cuatro sillas, tras una larga mesa recubierta de extraños bordados.

No había más luz que la que dimanaba de cuatro voluminosos hachones de cera, que alternaban con tres ataúdes en pie.

La cera era rojiza, y alrededor del pábilo había una cazoleta donde al caer la cera, chisporroteaba despidiendo una luz roja...

Entre cada ataúd había un hachón. La escena era macabra, y Basil Hoss, aunque ateo, cometió la paradoja del hombre de mar supersticioso: se persignó... Al igual que cuantos había visto pasar de lejos por delante de la casa misteriosa.

Los ataúdes eran de una talla superior a la normal. Toscamente labrados en madera, por algún artífice ingenuo, dotado de instrumentos primitivos. Los tres conservaban sus cubiertas cerradas.

Arnau Montané, que por unos instantes había perdido el habla, volvióse para coger rudamente por el cuello al muchacho, que seguía postrado de hinojos como un creyente ante el altar.

—¿Dónde está la señora “La Guancha” que nos espera, rapaz?

—Dignaos tomar asiento, señores caballeros-replicó sin inmutarse el muchacho —. Ante cada silla hallaréis pliego con vuestro nombre.

Soltó Montané al que continuó arrodillado, y vaciló en el umbral. Rino Preziosi avanzó, y a la tenue luz, fué leyendo los nombres de los cuatro voluminosos legajos colocados ante las sillas y encima del bordado mantel de la mesa.

—Éste es mi lugar-anunció calmosamente, sentándose —. Vos a mi diestra, catalán. Vos a mi izquierda, señor inglés.

—Esta tétrica sala... la considero totalmente inadecuada para una reunión de negocios-mascullό Montané, ya recuperado, sentándose.

—Abundo en la misma opinión-declaró Basil Hoss, tomando asiento y dirigiendo su diestra hacia el legajo encima del cual su nombre resaltaba en grandes letras.

Carlos Lezama sentóse ladeado, examinando el umbral, donde Temístocles continuaba postrado.

El ademán de Basil Hoss quedó cortado, porque un lento y desagradable chirrido, en agudo diapasón creciente, se dejó oír.

Parecía un lamento ultra terrenal, como la queja de un alma en pena, o el aullido de un búho agorero...

—¡Cáspita¡ —rezongó Montané, desorbitados los ojos.

—¡Portentoso! ¡Magníficamente espectral¡ —canturreó Preziosi.

—¡“Damned my soul”! —murmuró Basil Hoss.

Los tres fijaban sus ojos con distinta expresión en la tapa del ataúd colocado entre los otros dos. El chirrido procedía de los goznes que debían estar enmohecidos.

La puerta abríase a sacudidas lentas, con gruñido agudo. Quedó unos instantes inmóvil, y de pronto cedió y quedó abierta, formando ángulo recto con la caja.

Contempló el Pirata Negro la impresionante figura de una mujer, de elevada talla, que ocupaba por entero el compartimiento fúnebre. Un velo blanco ceñía su frente, cabeza y cuello, dejando sólo al descubierto un óvalo facial bronceado, de rasgos puros y estatuarios, pero crueles, con la misteriosa sonrisa que distendía los gruesos labios carnosos.

Conservaba los ojos cerrados. La tapa del ataúd, tal como estaba en aquel momento, impedía el paso de la luz del hachón que tenía a la diestra. Llegaba tan sólo difuminada la luz del otro hachón, dando reflejos sonrosados al resto de la vestimenta, compuesta enteramente de piel de camello, que cubría todo el cuerpo.

Una piel cosida toscamente. Brazos y piernas, desde las rodillas, estaban cubiertos de tela blanca. Los pies, envueltos también en esta tela, descansaban en sandalias de cuero aseguradas con correas...

—Yo soy “La Guancha”.

Era una voz femenina, suave, como lejana. Procedía del ataúd. La extraña mujer conservaba los ojos cerrados y su enigmática sonrisa perversa. Rino Preziosi enderezóse a medias y dobló la cintura en reverencia.

—Original estuche, señora mía. Sois hermosa, aunque parecéis sin vida. Vuestra voz me agrada. Yo soy Rino Preziosi, el siciliano...

—Si toda esta preparación —dijo Montané con hosco semblante-obedece al deseo de impresionarnos, lo habéis conseguido, señora. Pero estimo muy impropio de las cosas serias el... el jugar con cosas santas como lo son las cajas de muertos. Salid y sentaos ante

nosotros, señora.

—Yo impongo las órdenes. Vosotros las cumplís.

La voz seguía siendo suave, lejana..., El Pirata Negro contemplaba los labios petrificados en extraña sonrisa de la mujer en pie en el ataúd.

—Grandes son los intereses que defenderéis, y la menor indiscreción pondría en peligro mi proyecto-siguió diciendo la voz del ataúd —. Habéis sido elegidos por vuestras cualidades. Vos, Montané, tenéis un espíritu calculador y honrado. Vos, Preziosi, sois valiente y amable. Vos, Ibarguengoitia, sois combativo y excelente marino. Vos, Hoss, tenéis frialdad y buenas maneras. Para cada uno he hallado misión.

El Pirata Negro vió que de la mano diestra de la extraña figura partía una varilla de fino alambre, que terminaba en un remate de la cubierta del ataúd.

—Mi espíritu que vos calificáis de calculador y honrado no se aviene con esta mojiganga. ¿A qué esos ataúdes? ¿Por qué esos misterios? ¿No vamos a ser cinco asociados?

—Bien hablado, Montané —aprobó Basil Hoss.

—Libre es la señora “La Guancha” de elegir el procedimiento mejor a su entender, para dictarnos sus órdenes. ¿Acaso su dinero salió de un ataúd? Es oro de vivos, ¿no, señores? —y Rino Preziosi repitió su reverencia hacia la caja abierta-Tan sólo deseo, señora, que en los otros dos ataúdes haya, como vos, damas de fría belleza adormecida. Yo, el irresistible siciliano, os juro que sabré despertarlas con el calor de mis besos...

—¡Callad! —tronó Montané—. No es hora de bromear. Me repugna, señora, el paso que voy a dar, pero vos debéis salir de ese lugar y para eso os ofreceré mi ayuda, voluntariamente o... por la fuerza.

Rino Preziosi desenvainó en gesto rápido su estilete, cuya aguda punta se aplicó en el costado de Arnau Montané, que, en pie, iba a apartar su silla, manifestando su intención de dirigirse al ataúd.

—Sentaos, catalán-invitó sonriente —. Quien manda, manda. Ella es la capitana, porque sufragó nuestros barcos y cuantos gastos hicimos. Nos dió además generosa paga...

Arnau Montané sentóse, apartando con la diestra la mano del siciliano.

—Yo fuí contratado por el señor Imeldo Tejona. No sé quién es esta dama que finge la inmovilidad de una muerta, y elige como despacho una sala con tres ataúdes.

—Levantad el mantel ante vos, Montané-dijo la voz del ataúd —. Hallaréis algo que os hará olvidar mi presencia, demostrando que muy serios son mis propósitos.

El catalán obedeció, y extrajo una bolsa que colgaba bajo la mesa. Entre sus manos produjo un sonido metálico, y al ser abierta, volcó sobre el mantel una profusión de monedas de oro.

—Cada uno de vosotros tiene igual cantidad a su disposición. Mucho oro ganaréis, señores capitanes. Bastará que seáis discretos y que nada os asuste de cuanto os pueda yo ordenar.

—Mandad, señora-dijo adustamente Montané, colocando de nuevo las monedas en la bolsa.

El Pirata Negro, al igual que los otros tres, colgó de su cinto la voluminosa bolsa...

—Por la enfermedad del señor Tejona, mis órdenes os llegarán por conductos inesperados. Sabréis que de mí dimanan, porque se utilizará la contraseña: “Agoñe Yacorán”, a la cual contestaréis: “Mencey de Taoro”.

Arnau Montané intervino:

—No son palabras fáciles. ¿Queréis repetirlas?

—Escritas están en los pliegos que cada uno poseeréis y cuyo contenido leeréis privativamente. Es tan importante la empresa que emprendo con vuestra colaboración, que necesito la mayor discreción. Tengo ojos y oídos por doquier. La muerte os acecha si cometéis la menor indiscreción.

—La empresa que os proponéis, señora, es vulgar. No era preciso rodearla de tanto misterio. Bien está que vos no queráis que en la isla sepan que financiáis un tráfico negrero, pero si para conservar vuestro incógnito tenéis que recurrir a otras personas, muchos seremos a compartir el secreto. Si alguna indiscreción escapa, ¿cómo podréis adivinar quién es el culpable?

—Todo lo he previsto, Montané. Muchos son los días y las noches que a satisfacer mi odio he dedicado. Abreviemos. Cuatro caballos os aguardan en el jardín. Id a vuestros buques y aguardad allí. Conseguí que vuestro arribo a la playa de San Andrés no despertara sospechas. Vuestra próxima llegada tampoco las

despertará. Pero debéis pregonar que sois navegantes que hacen la ruta de las especias. Y vuestras calas están destinadas a contener mercancías, siendo el navío que protege vuestra ruta el del capitán Ibarguengoitia. Recibiréis a bordo una invitación para asistir al baile que esta noche tendrá lugar en la plaza del Adelantado de la ciudad lagunera. Vuestro comportamiento en este baile os está señalado en el pliegue de instrucciones. No os deberá extrañar. Vuestro segundo regreso a nadie debe causar asombro. Podéis iros.

Volvió a chirriar la cubierta del ataúd, y como si fuera atraída, se cerró de golpe.

Los tres ataúdes tuvieron ahora una similitud de apariencia. Arnau Montané se puso en pie.

—No quiero extrañarme de nada, ¿sabéis, caballeros? Paga bien y eso es lo esencial.

—Nunca me gustaron las mujeres excesivamente corpulentas y altas, pero tampoco nunca probé cantar ante la madera de un ataúd-dijo Preziosi sonriente.

Se levantó, enviando un beso, con los dedos al macabro mobiliario.

Basil Hoss siguió tras ellos dos… En el umbral buscó el catalán vanamente al muchacho.

Atravesaron el jardín, hasta llegar al sitio donde había cuatro caballos. Los mismos en que habían venido.

Montaron, y a retaguardia el Pirata Negro fué dominando sus riendas, para no dejar su posición. Iba en cabeza Basil Hoss, espoleando sin cesar al bravo y veloz corcel, como si tuviera grandes deseos de alejarse de la casa solitaria.

El crepúsculo caía cuando llegaron a la playa, frente a la que estaban surtos los cuatro buques.

Desmontó Montané, tendiendo las bridas a Ramón Doltra, que aguardaba.

—Estimo, señores, que antes de reintegrarnos a bordo debemos cambiar impresiones. Nuestros cuatro juicios, unidos a nuestra experiencia en lides de todo orden, han de sernos útiles.

Capítulo VII

Opiniones

Entraron los cuatro en la tienda instalada en la playa. Ramón Doltra colocóse en pie tras el sillón de Montané.

Los otros tres sentáronse en sendos barrilitos.

—Mi segundo es fiel reflejo de mi mismo, señores —expuso Montané—. Puede, pues, escuchar cuanto aquí se hable. Dadme primero vuestra opinión, capitán Preziosi, sobre lo ocurrido.

—Cauta medida. Que hablen los otros primero, ¿no? Os dejáis impresionar muy fácilmente, catalán. Hace cinco años usé de una treta muy graciosa. Un padre rígido se oponía allá en Nápoles a que cortejara a su hija. De acuerdo con ella le administré elixir que buen oro me costó. Ella lo valía. La depositaron en la tumba familiar, creyéndola muerta. Por la noche —era una noche espléndida— me arrastré por entre tumbas y mausoleos, y allí en el interior de la cripta familiar...

—Tenéis un gusto pronunciado por las irreverencias macabras, siciliano —atajó Montané agriamente—. No tenemos ningún deseo de oír vuestras relaciones de buenas o malas fortunas. Ya sabemos que sois irresistible, porque no os cansáis de pregonarlo. Abandonad vuestra aparente frivolidad. Os he calado hondo, siciliano. Fingís ser un necio vacío y faldillero. Sois, y me duele reconocerlo, inteligente.

Los ojos de Rino Preziosi quedaron empequeñecidos al entornar los párpados. Silabeó, fruncido el entrecejo:

—Dad gracias a que lo sea, catalán. En pro al mucho oro que podemos ganar, seguís con vida. Me sois manifiestamente antipático...

—Compartimos este sentimiento, pero dejemos los

sentimentalismos aparte, Preziosi. En nombre de nuestra asociación, os pido vuestro parecer sobre la… señora “La Guancha”.

—Me lo reservo hasta después de haber oído otros pareceres. Cedo la palabra al capitán Basil Hoss.

El aludido repiqueteó con sus dedos encima del barrilito, entre sus piernas.

—He recogido algunas frases extrañas en la dama del ataúd. Admito que pueda ser una excéntrica señora muy adinerada, que quiera aumentar su capital y rodee de misterios su personalidad. Admito que es femenino este proceder. Pero, decidme, señores, ¿no es extraño el empleo de frases excesivamente ampulosas para encubrir un simple tráfico negrero?

—Exacto-aprobó Montané —. Ella habló de “odio”… ¿Contra quién? ¿Los negros? No… Hablad vos, capitán Ibarguengoitia. Estáis muy silencioso. Vos sois el único que no ha hecho el menor comentario, ni allí ni ahora.

El Pirata Negro esbozó un ademán de excusa.

—Creedme si os digo que me considero un intruso.

—¿Un intruso? —preguntó Montané extrañado.

—Vos tenéis la obligación de dar vuestra opinión. Sois uno de los nuestros-expuso secamente Basil Hoss.

—Bien, si insistís… hablaré. Os doy mi palabra de que siempre en casos parecidos al presente me dejo llevar por los acontecimientos. Espero a que los hechos se vayan presentando uno a uno, y entonces actuó según sea menester. Exponer opiniones no es mi método. ¿Qué puedo yo decir que más verdad no sea que mi sincera opinión de que no entiendo nada de nada? He venido, he anclado, aquí estoy, y aguardo los acontecimientos.

—¡Los cuatro, somos cuatro taimados caimanes! —exclamó Preziosi riendo amablemente, pero brillantes los oíos—. Abrimos los picos para no decir nada. Vaguedades, palabras, florilegios… nada en concreto. Bostezamos, mostrando estómagos ávidos de engullir… ¡Voto al rizo castaño de mi linda Lucía! ¿Cuál es nuestro propósito? Ganar oro, más oro, siempre oro, ¿no es eso? ¿Qué nos importa que haya misterios? ¿No tenemos cada uno un barco? ¿No mandamos en treinta rufianes decididos? Dejémonos de cábalas. Vayamos alegremente a la aventura… ¿Que nos dicta órdenes una dama metida en un ataúd? El único reproche que le hago es que va

demasiado vestida. Nada más.

—A mí me gusta pisar seguro antes de echarme a andar-dijo Montané.

—Haber escogido entonces otra profesión-rebatió Preziosi —. ¿Por qué no os hicisteis juez? ¿Por qué en vez de medir con espada no medisteis con vara? Id a vuestra tierra a vender telas...

—Tú a la tuya, a repartir flores y cantar serenatas-dijo Montané, poniéndose en pie.

—Me deleita arrojar flores encima de tumbas y cantar endechas sobre epitafios-replicó suavemente Preziosi, poniéndose también en pie y dando juego en la vaina a su largo estilete,

—No seáis niños-gruñó Hoss, avanzando e interponiéndose entre los dos hombres.

—Juro que cuando termine este negocio, mediré con gusto tu cuerpo a estocadas, siciliano del demonio-masculló Montané, sentándose.

El Pirata Negro, brazos cruzados, contemplaba con indiferencia la escena. Le recordaba muchas otras semejantes, entre otros aventureros, circunstancialmente obligados a asociarse.

Basil Hoss miró al Pirata Negro antes de hablar dirigiéndose a Montane:

—Yo comparto la opinión del capitán Ibarguengoitia. Tiene razón. Dejemos que los acontecimientos hablen. Estamos avezados a situaciones no muy corrientes. Lo esencial es que hay oro a ganar y mandamos en barco.

—Quisiera salir de dudas. Eso es todo-dijo Montané.

—Si me toleráis la intrusión, podría sugerir una solución sencillísima.

—Os lo rogamos-dijo Montané, que sentía decrecer su animosidad contra el que culpaba de retraso, informalidad y vasca propensión a embriagarse.

—Cada uno de nosotros salió obsequiado con un espectáculo interesante, una hermosa bolsa y un pliego. Bastará abrirlo, leerlo, y algo más sabremos.

Arnau Montané rasgó el lacre del suyo. Otros tres ademanes idénticos siguieron. Y por espacio de un largo instante ninguno de ellos habló.

Al final de su lectura, Arnau Montané miró de soslayo, con

cierta expresión temerosa a Basil Hoss, que era el que más cerca de él estaba.

Bruno Preziosi, reía en sordina, atusándose el bigote perfumado.

Basil Hoss miraba con expresión soñadora el pliego que ya no leía.

El Pirata Negro volvió a colocar el pliego en su bolsillo...

—¡Portentoso! ¡Magnífico! ¡Digno de pasar a los anales de la historia! Lo que he leído, señores-dijo Preziosi-es interesantísimo. Pero sólo comentaré lo frívolo, catalán. Hay una nota agradable. Me ordenan intente hacer la corte a una desdeñosa damita riquísima, que tiene por nombre Blanca Zarzales. ¿Por qué? Insinúan que el galanteo formal de un capitán mercante, dará visos de mayor normalidad a nuestro próximo regreso.

—Se me indica una misión parecida en la persona de una dama lagunera llamada Ágata Le Couen-manifestó Basil Hoss.

—Ágata... que en griego significa buena y virtuosa-comentó Preziosi. —Eso es encantador. Y tú, catalán, ¿cuál es la desgraciada que tendrá que soportar tus gruñidos?

—En mi primera entrevista con el señor Tejona, aduje que yo era hombre casado, cuando vino a hablarme de ello. No tengo, pues, que entrar en amoríos improcedentes... No tengo que engañar a ninguna mujer.

—Pobre imbécil —sonrió Preziosi.— Rendir corazones es el combate más delicioso que en el mundo hay. ¿Y vos, capitán vasco, a quién tenéis que cortejar?

—Indican que en la mesa del festejo mi silla estará junto a la de una dama llamada Prudencia Maga-replicó el Pirata Negro.

—Tengo la sensación de que somos marionetas colgando de un hilo.

¿Quién maneja este hilo? —preguntó Montané, dando un puñetazo en la mesa.

—Nuestra señora “La Guancha”. Rostro cruel, sonrisa de mucha sabiduría, ojos pudorosamente velados... Un encanto que me gustaría despertar. Tiene una voz amable, invitadora...

Arnau Montané avanzó el busto, y su mano golpeó el lomo de un manuscrito colocado entre otros.

—Califíquenme de pedante, señores. Pero siempre empleé una costumbre. No quiero entrar a ciegas en las tierras a donde voy. La

historia del pasado de todos los pueblos, nos da idea del presente. Nos hace conocer sus usos y carácter. ¿Te gustó, siciliano, la sonrisa de “La Guancha”? ¿Despertaron en ti temblores de fiebre sus pudorosos ojos bajos? ¿No había crueldad de indiferencia en sus rasgos impasibles?

—No sé dónde vas a parar, catalán. Pero más crueles, castas e indiferentes he rendido yo enamoradas, que puedas tú contar en años, de tu puerca vida..

—Algún día tragarás cuantos insultos ahora me destinas. Os decía, señores que gusto de conocer la historia de los pueblos donde voy. De la misma forma que aproveché de las enseñanzas de cuantos manuscritos pude hallar sobre la trata de negros, he conocido la historia de los guanches, los pobladores de esta isla, que defendieron celosamente sus tierras contra la conquista española. Hace de esto… muchos años. Allá por el 1494… Hubo una mujer que era inspiradora de uno de los reyes guanches. Murió combatiendo… ¡Es… la mujer que galanteabas, siciliano! ¡Anda, imbécil vanidoso! ¡Vete a hacerle la corte a “La Guancha”, que murió a fines del siglo XV! ¿No gustas de amores extraños? ¿Cuál mejor que cortejar a una momia?

Rino Preziosi elevó los hombros desdeñosamente:

—¿Una momia? Tú eres la momia, catalán. ¿De cuándo acá hablan los muertos?

—La voz no salía de sus labios-intervino Basil Hoss. —Era una voz de mujer. Estoy de acuerdo. ¿Qué utilidad tendría, capitán Montané, hacernos sentar ante una embalsamada, si suponían que tarde o temprano nos daríamos cuenta?

—Lo supongo un simbolismo. El odio de “La Guancha” contra los conquistadores…, y de ahí esto-y dió una palmada sobre el pliego extendido ante él. —Lleva la firma de “La Guancha”. Son letras escritas dificultosamente con pintura de color sangre. Afirmo que al igual que tras el cadáver de la guancha, había un ser vivo hablando, también tras el simbolismo histórico de “La Guancha”, se esconde un propósito. Una mujer ha soñado reconquistar la isla, echando de ella a los españoles. El aparente tráfico negrero para el que nos enroló, encubre este vasto proyecto. En un viaje, nuestras calas transportarán negros… pero en otro pueden llevar mercenarios armados… que asaltarán las fortalezas defendidas por los españoles.

Gran empresa, señores. Seríamos capitanes de la isla... ¿Qué opináis, capitán Hoss?

—Yo soy inglés, y por tanto no existe para mí el menor impedimento. El botín del saqueo de las fortalezas y domicilios de los españoles será abundante.

—¡Mucho oro, catalán! Mucho oro —sonrió el siciliano.— Mataremos a muchos de tus semejantes... Cada pieza de oro que reúnas, ¿no te recordará las de Judas?

Basil Hoss tocó en el pecho al siciliano.

—Vos, no sois quien para reprochar su actitud al capitán Montané. Cierto estoy de que si se tratara de sicilianos, no dudaríais en matarlos.

—Como vos, en degollar ingleses. Supo elegir la misteriosa dama que hoy nos ha hablado. Somos cuatro buenos luchadores... —se interrumpió Preziosi, y miró repentinamente a Montané.— ¿No habéis pensado, vos, catalán talentudo, en una posibilidad?

—Una de las tres mujeres que os han indicado debéis cortejar, es la que llevada por su odio al conquistador, ha organizado nuestra asociación, y finanza con su capital o representando otros capitales, la empresa de rescatar la isla y entregarla de nuevo al mando guanche.

Pronunció Montané estas frases con tajante seguridad. Miró al Pirata Negro, que permanecía apartado.

—¿Y vos, capitán Ibarguengoitia, estáis de acuerdo con mi opinión?

—El tiempo hablará por mí, y prefiero por el instante abstenerme.

—¿Por qué precisamente ha de ser una de las tres mujeres citadas en los pliegos? ¿No podría ser Imeldo Tejona, fingiendo su voz? Él nos enroló; él no estaba presente en la sala de los ataúdes...

—No, capitán Hoss-refutó Montané. —Un hombre no emplearía esos artificios. La voz era de mujer, y la indicación de que cortejéis esta noche en la Plaza del Adelantado a tres distintas damas, responde a otra precaución. Observarnos, tenernos vigilados, sin que sepamos de dónde parte la vigilancia. No obstante, hay un extremo que añade más misterio. Los cuatro caballos de que disponemos son exclusivos de la yeguada del ejército español.

—Quebraos los cascos, si queréis, que yo no pienso seguir

divagando. Me voy a mi bordo a acicalarme-declaró Preziosi. —No habrá esta noche caballero más gentil que yo en toda la extensión de la ciudad lagunera.

—¡Cuánta modestia! —gruñó Montané.— ¿Por qué no decís en el mundo entero?

—Basta con que vos lo hayáis dicho. Hasta entonces, señores míos.

Salió el siciliano con su peculiar paso de bailarín. Basil Hoss se levantó:

—Sea lo que sea, capitán Montané, lo cierto es que el oro que recibimos es buen oro. Y hagamos lo aconsejado por el capitán Ibarguengoitia. Esperemos. Hasta después, señores.

El Pirata Negro devolvió el saludo del inglés, y cuando éste se hubo marchado, Arnau Montané dijo mirando a Lezama:

—Me gusta vuestro modo de ser, capitán Ibarguengoitia. No sois charlatán. Decidme: ¿os parece fructífera la gran empresa para la cual se ha recabado nuestra colaboración?

—Fruta la hay, y mucha, en esta isla. Como no quiero desmerecer el buen concepto que del capitán Ibarguengoitia tenéis, sigo reservándome palabras hasta que estime llegado el momento de hablar. Os saludo.

Al quedar solo con su segundo, Arnau Montané se frotó las manos.

—Esto es asombroso, Ramón. Mira, un asunto de tanta envergadura, nunca lo soñé, ¿sabes?

—Muchas paciencia habéis demostrado, capitán Montané. El aromático italiano os llamó Judas.

—Siéntate, Ramón. Escucha, podremos ser unos de los dueños de la isla. Verás cómo. La persona que paga todo esto, nos indica un plan muy sensato. Fingiendo ser mercaderes, habrá quien pueda pensar que somos negreros. No se opondrán. Nadie pensará que podamos volver con las calas repletas de mercenarios armados. Cuando Tinerfe esté conquistada, yo recibiré el cargo de Abastecedor General. ¿Te das cuenta? Vender, comprar... El amo, porque quien maneja el dinero, maneja las voluntades.

—Hay fiebre en vuestros ojos y ademanes, capitán Montané. No sois vos el quo habla. Es el demonio de la codicia...

—Mira, Ramón, no empieces con tus monsergas, ¿eh?

—Si mal no he entendido de toda esta charla complicada, los que antes eran dueños de la isla, se llamaban guanches. Uno de ellos, pretende arrojar de la isla a los españoles. ¿No son todos españoles? ¿Guanches y españoles no son una sola raza qué va entroncando por matrimonios? Vos mismo dijisteis que el conquistador procuraba portarse benignamente, y que la concordia imperaba.

—Siempre hay descontentos, Ramón. Una chispa, un rescoldo de fuego, ¿sabes? Se sopla...

—¿Os gustaría que un genovés fuera a Barcelona a soplar sobre los rescoldos catalanes azuzándolos en incendio contra el resto de España?

—Eso es diferente, Ramón. No discutas con mala fe, ¿sabes? Ser catalán es una cosa, y ser guanche es otra.

—Blancos somos los unos y los otros. Españoles todos.

—Tú eres un romántico, Ramón.

—Lo seré... Pero oídme, capitán Montané... ¡No quiero que vos seáis un Judas!

Arnaú Montané levantóse y su diestra se proyectó en violento revés hacia el rostro de su segundo. Pero esta vez no dió en blanco, al retroceder Ramón Doltra.

Una pistola apareció rápidamente en la diestra de Montané, que acababa de extraerla de bajo sus ropas.

—Te mato, Ramón, si continúas siendo rebelde Yo soy tu capitán.

—Os ciega la codicia, capitán Montané. Traficar en negros era ya repulsivo. Pero servir a las órdenes de un loco guanche que no da la cara, es locura que no comprendo en vos.

—¿Dónde ves tú demencia?

—La isla está dominada en pacífica confraternidad por los españoles. Ellos tienen las armas.

—Nosotros traeremos gente armada y los venceremos.

—¿Desean los guanches una guerra que asolará su isla? Suponed que triunfa el proyecto. ¿Creéis que la corte de Madrid se quedará brazo sobre brazo? Enviará escuadra... Vos seréis colgado, ¡por traidor!

—Mira, Ramón, que te mataré como a un perro...

—Disparad. ¿Podréis impedirme que al caer pueda yo mojar mis

dedos en la herida y con sangre trace en el suelo las cuatro barras de la bandera catalana? Las cuatro barras de rojo color que por mares y tierras pregonan que un catalán ni es traidor, ni se vende al oro de los traidores. Cuatro barras, capitán Montané, que habéis olvidado...

—Recuerdo las que a mi bordo hay para castigar a los rebeldes. En ellas te encadenaré, Ramón. No te mato... porque mi hija te quiere. Anda delante de mí y no te rebeles más, porque no me contendré y te llenaré de plomo.

Cuando a bordo estuvo encadenado de pies y manos en la barra de la cala destinada al castigo de los tripulantes rebeldes, Ramón Doltra sonrió con tristeza:

—¡Maldito día el que hicisteis escala en Tinerfe, Arnau Montané!



—Seréis colgado por traidor...

Pero el capitán Montané no le oía ya, porque apresuradamente subía las escaleras. Dió ordenes a un tripulante de colocar una mordaza el preso.

Y a solas en su cubierta rezongó:

—Es un necio romántico. Luego... Luego me parecería que es la voz de mi conciencia.

Capítulo VIII

Camino de La laguna

Al llegar a bordo del "Aquilón", contempló el Pirata Negro la actividad de todos sus hombres, dedicados a reparar las averías.

A su lado, "Cien Chirlos" fue señalando las linternas colgadas a lo largo de los puestos.

—Hice poner más luces, señor, para que puedan trabajar de noche.

—¿Habéis cargado ya los leños suficientes?

—Sí, señor, y puse en la cala otros tantos por si se repitiera el caso.

—Hombre previsor vale por tres, don Marcelo. Refrán que me trae a las mientes, otra previsión. Al filo de la medianoche leva anclas, y con el trapo que hay volverás a echar amarras en el punto que voy a señalarte en la carta.

En el puente de mando y cuando hubo mostrado la exacta latitud del anclaje, el Pirata Negro añadió:

—Diré a los otros jefes que fuiste a paraje donde hay fibra vegetal para cargar. El caso es que hasta que no quede del todo en forma el "Aquilón", debo seguir siendo poco charlatán y procurar ser un buen Ibarguengoitia. Si descubrieran que no hay tal vasco, la marimorena sería de alivio. Como hasta ahora no se dieron cuenta de ello, estamos seguros, pero prefiero que mi velero no esté en la proximidad de esos tres cascos.

—Vino, señor, un mozalbete que entregó a tus remeros en la playa, esta cartulina. Galopaba desenfrenadamente, y su caballo echaba espuma.

—Debió darse la carrerilla mientras nosotros estábamos ante los catafalcos. Trae acá la invitación.

En bella caligrafía femenina leíase sobre un cartón de filos dorados:

“En la noche de hoy día diecisiete de marzo de este buen año de 1741, se celebrará baile en la Plaza del Adelantado de la ciudad de la Laguna, a las nueve de la noche, Dios mediante. Servíos acudir.”

Y bajo las líneas que veíanse eran idénticas para cuantos las recibieron, decía:

“Capitán de mar Fermín Ibarguengoitia”.

—Ya somos dos a usurpar la personalidad de un muerto. No es de mi agrado suplantar a otro, pero necesitamos aún un par de días para terminar con la labor. Apremia a mis hombres, guapetón. Que den pronto remate a la tarea, que muchos son ya mis deseos de poner proa a las Antillas.

En la sala capitana, Mireya de Ferjus, acogió con agrado la llegada del Pirata Negro. Varias veces había estado tentada de salir a cubierta, pero recordó su promesa de que no se haría visible a los hombres de los otros tres barcos.

Carlos Lezama la abrazó levantándola en vilo, y describió varias vueltas, tarareando una pavana.

—Siento al verte, deseos de volver a mi infancia, Mireya. Das a mi vida un hálito de adolescencia, y hay alientos de primavera en tu sonrisa.

—Y tu amor me convierte en la más dichosa de las mujeres, Carlos.

Cesó él en su baile para depositarla de nuevo en su sillón. En pie ante ella, adoptó un continente pensativo:

—¿Es mi atuendo bastante cortesano como para asistir a un baile?

—Tal como eres, ningún caballero puede competir contigo.

—Atiende, Mireya-y sonrió aviesamente. —Es un baile al cual no puedo llevarte, porque tengo que hacer la rueda como el pavo real delante de una dama que ignoro cómo es.

—Si piensas hacerlo, es porque estimarás que tal es tu obligación.

—¡Magnífico! ¡Portentoso! ¡Yo, el irresistible siciliano! —y rió sonoramente el Pirata Negro—. Has acertado al pensar que es por obligación por lo que allá voy. Eres espiritualmente francesa, Mireya. Pero… me ofende levemente tu falta de celos.

—Mucho hemos hablado en estos días, Carlos. Conozco ya tu espíritu burlón. Recuerdo también tu citación de la biblia: “Esposa sumisa…”.

—“…cual blanda paloma” —terminó el Pirata Negro.

—Mientras me quieras y yo sepa ser tu esposa, nada temo de otras mujeres, Carlos.

—¿Afán de tranquilizar tú misma tu recelo?

—El que mucho navegó ansia puerto tranquilo. Muchos amores tuviste, y saciado quedaste. Y… llegado el caso, Carlos, si no contra ti, contra las otras, demostraría que nada tengo de paloma.

Rió el Pirata Negro con afectuosa entonación.

—Eres perfecta, Mireya. Tengo miedo de enamorarme cada día más de ti, entonces, cuando tengamos ochenta años, ¡qué delicados madrigales compondré!

—El mismo miedo tengo… pero Dios oiga mi ruego de vernos convertidos en dos ancianos que juntos sepan evocar las delicias de una unión que nada ni nadie logró quebrar.

Por espacio de una hora, todas las puerilidades que el amor compartido hace nacer en los labios de los que se quieren, tuvieron por mudos oyentes los tapizados tabiques del camarote nupcial.

En el umbral, al despedirse, el Pirata Negro besó los fatigados párpados de Mireya de Ferjus:

—Que la sumisa paloma recuerde que mis celos la prohíben que la brisa del mar acaricie su tez, mientras dure la escala en Tinerfe.

—Que el gavilán burlón recuerde que mi confianza en su fidelidad no le permite dudar de que nadie podrá robarme su amor.

En el puente, el Pirata Negro contempló a lo lejos, el cono humeante entre resplandores ígneos del volcán de la isla del Fuego.

A su lado, “Cien Chirlos” anduvo basta llegar a la escala pendiente, bajo la cual aguardaba la lancha con los cuatro remeros.

—Oye, guapetón. ¿No ansiarás sentirte niño?

—Si tú me lo ordenas, señor, trataría… Pero de niño pasé hambre, miseria y muchos golpes me daban.

—De tu alma estoy hablando, berzotas. Medito la conveniencia de casarte. Una mujer a la que mucho quisieras, que supiera entenderte y verías como… ¿Ves aquel volcán? Se me antoja un braserillo de juguete. ¿Por qué no buscas esposa, don Marcelo?

—¿Para que la quiero, señor, mientras tú no me eches de tu

bordo?

—Tienes respuestas de borrico. ¿Acaso tú y yo dormirnos bajo la misma manta?

—Quise decir, señor… que no ansío cariños…, mientras tú me mandes, y tengas esposa buena… ¡Rayos del Averno! ¡Un hijo, señor! ¡Quiero un hijo tuyo y que me llame padrino!

—Tendré en cuenta tu declaración de amor, don Marcelo. Y te prometo poner mi mayor interés en que seas pronto padrino… —y el Pirata Negro riendo, empujó afectuosamente a su lugarteniente —. Tienes una manera de argumentar que se presta a equívocos, aragonés. Me causas gracia y eso te salva, bribón. Voy a tierra. Lo dicho: a la media noche, cambio de anclaje. Y a bordo no sube ni el rey de España. Tú eres el ángel de la guarda de mi esposa, estando yo ausente. Hasta pronto.

Quedóse “Cien Chirlos” mirando por unos instantes la estela que en el mar dejaba la lancha al dirigirse hacia la playa.

Hizo con los brazos el gesto de mecer torpemente una criatura. Luego, miró a su alrededor torvamente, por si alguien le contemplaba.

Tranquilizado, murmuró:

—Un hijo… y después puedo morir tranquilo. Se llamará también Carlos y será como el “otro”. Fuerte, valiente. Le enseñaré a escupir por el colmillo y a luchar, como el “otro”. Y cuando me llame “padrino”… ¡por el rabo de Satanás!… ¿quién será el tipejo que pueda compararse conmigo?

Para desfogarse de su reciente melancolía, al recordar al “otro”, dirigióse hacia donde los demás piratas aserraban, cepillaban y ensamblaban los maderas convirtiendo los troncos en recias vigas. Y no tuvo reparo en corear desaliñadamente la canción marinera que todos entonaban mientras, al igual que él, trabajaban con ahínco bajo las linternas.

En la playa, al desembarcar, dirigióse el Pirata Negro al lugar donde permanecía sujeto por las bridas el caballo enviado por la misteriosa persona que se encubría bajo el nombre de “La Guancha”.

Halló a Rino Preziosi montado, pero aguardándole.

—Buenas noches, capitán vasco. Partieron ya, en compañía los otros dos, y por no hacer la ruta a solas, os esperé.

—Agradezco la atención. Tanto más cuanto que el olor que despedís aroma el ambiente.

—Es “nuez musqué”. Un perfume francés que no tiene rival para estremecer de amores a las damas.

Tomaron el sendero que de la playa ascendía hacia otro más ancho que conducía a la ciudad lagunera.

—¿Sois supersticioso, capitán vasco?

—Lo natural en todo hombre que hizo del mar su camino. ¿Y vos?

—Según en que aspectos, sí. ¿Os asustan los muertos?

—Más les temo a los vivos.

—¿No os asustó la sala de los tres ataúdes?

—Al principio, como a todo hombro consciente, os confesaré que no me agradó el espectáculo. Después, me acostumbré.

—¿Seríais capaz de visitar la misma sala esta noche?

—Por capricho, no. Por necesidad, sí.

La tierra retembló bajo los cascos de los caballos. A lo lejos, resonó una larga y sorda explosión... El cono del lejano Teide, hízose más rojizo.

—Se le mueven las entrañas al ogro-comentó el Pirata Negro.

—Soy de tierra de volcanes. No me extrañaría que esta noche escupiera mucho fuego y lava. ¿No veis el halo de luz que soporta en la cumbre? Pero, volvamos a lo nuestro. Considero que tenemos la necesidad de visitar ahora la sala de los ataúdes. No hemos de apartarnos de nuestro camino.

—Yo voy a un baile, amigo. No tengo curiosidades macabras.

—No es curiosidad. Es afán de ver si el catalán tenía razón. ¿Era o no una muerta la mujer que estaba en el ataúd?

—Id vos y comprobadlo, pero en vuestro lugar yo iría al baile, a recrearme con la visión de damas que disfrutan de la plena posesión de sus encantadoras vidas..., Naturalmente, hasta que vos lleguéis y las hostiguéis a flechazos.

Rió satisfecho el siciliano, atusándose el perfumado bigote.

—¡Pobre Blanca! —exclamó risueño— Era sin duda feliz, hasta hoy. Dejará de serlo al enamorarse perdidamente de mí.

—Me alegro observar que no es la falta de confianza la que os pierde. Naturalmente que con vuestras dotes y la “nuez musqué” que os traéis, no habrá Blanca ni negra que se os resista.

—Por vuestra boca habla la verdad, caballero. Pero no nos extraviemos. Pronto daremos vista a la casa de los tres ataúdes. ¿Os atrevéis a entrar conmigo y echar un vistazo al dormitorio de “La Guancha”?

—¿Para qué?

—Tengo curiosidad por adivinar cuál es la artimaña. Si “La Guancha” era una muerta, ¿quién hablaba y de dónde? La voz brotaba del ataúd.

—Bien. ¿Y cuando hayáis contemplado el ataúd, qué sabréis?

—Si es o no una muerta. A mí me gusta saber por dónde ando. He notado, señor, que os permitís mucha ironía conmigo. Os la consiento, porque de lo que os burláis es de mi presunción de conquistador y esta es una verdadera cualidad contra la cual nada pueden envidias ni ironías. Soy hermoso y ellas no se cansan de decírmelo...

—Si os ha de complacer, os diré que sois hermosísimo. En cuanto a lo de consentirme o no ironías, es asunto que lo dejaremos para otra ocasión. Bien os consiento yo la peste que echáis a damisela.

—No quiero peleas esta noche. Sabedlo, vasco.

—No os subáis a la parra, que basta ya con el rugido del volcán. Os agradezco que me perdonéis la vida por esta noche. ¿Y a qué viene vuestra observación de que no sois tan estúpido como aparentáis?

—Ha nacido en mí una sospecha. Una mujer no puede tener tantos conocimientos de las cosas de mar como la que demuestra la que nos enroló por conducto de Tejona. Sin embargo, dispuesto estoy a admitir que siendo una voz de mujer la que nos habló y siendo también femeninos todos estos artilugios, hay mujer tras “La Guancha”. Pero, ¡uno de nosotros cuatro anda en esto!

La penumbra de la carretera, no permitía divisar bien las facciones. Pero los blancos dientes del siciliano brillaban en una sonrisa astuta, mientras miraba al Pirata Negro.

—¿Os ha sorprendido lo que afirmo?

—Desde que anclé, dispuesto estoy a no sorprenderme por nada. ¿Y quién de nosotros cuatro anda en esto?

—¡“Chi lo sá”!... Vos, yo, Hoss, el catalán. Cuatro magníficos bribones, que desafiarían su sombra por un ochavo. ¿Marionetas

manejadas por un hilo? El hilo ¿lo sostenéis vos?

—Yo creo que no.

—Yo os diré que tampoco soy yo el que en complicidad con una linda o fea damita isleña ha montado este vasto proyecto de reconquistar la isla. Pero es natural, ¿acaso íbamos a decirnos la verdad? Vos habláis poco, pero no tenéis semblante de hueco, vasco. Os rezuma la experiencia por los ojos. Yo no soy torpe. El catalán y el inglés son dos zorros. Huelo muchas muertes cercanas, vasco.

—Procuremos, pues, no ser los que despidamos tal olor. Prefiero el de “nuez musqué”.

—¿Quién me garantiza que uno de nosotros no irá a soplar la conspiración a los españoles de la guarnición? Nos colgarían.

—Hacéis bien en desconfiar. Yo, en vuestro lugar, me iría a llevar mi perfume a otro sitio, donde no se mezcle al posible aroma del cáñamo.

—Yo sé nadar y guardar la ropa. Bien, aquella es la casa. ¿Tenéis o no suficiente entereza para acompañarme?

—Vos sois un niño asustadizo que intenta provocar mi honrilla. Buscáis una compañía porque a solas y de noche os impresionan los ataúdes.

—Habéis acertado-dijo, riendo, el siciliano —. ¿Veis como para ser vasco os sobra caletre?

Espoleó Preziosi su caballo hasta internarlo en el jardín de la casa deshabitada, cuya cerca saltó limpiamente. Tras él, el Pirata Negro descabalgó de un salto…

La casa estaba sumida en tinieblas, Rino Preziosi, con cierto nerviosismo, susurró:

—Nunca pude desprenderme de este tonto escrúpulo de dejarme impresionar por la noche. ¿Será el temor a los muchos que maté en duelo?

—Vos iniciasteis esta poco agradable incursión. No os vayáis a detener ahora.

—Pasad vos primero, vasco.

—No doy la espalda a nadie, siciliano. ¿Vos sólo vais a ser el desconfiado?

—A eso le llamo yo temor. ¿No os jactabais de no desconfiar de los muertos?

—Vos estáis muy vivo.

—Permitid que os coja del brazo. Avanzaremos juntos.

—Tate... Empezáis ya a cargarme con tanto remilgo. Démonos el brazo y vamos ya al rigodón.

La puerta de entrada chirrió mal engrasada, abriéndose sobre el obscuro pasadizo. Al fondo, seguía reinando el resplandor rojizo.

En el exterior, el volcán dejaba oír su sordo mugido, que iba aumentando en sonoridad .

El brazo de Rino Preziosi tembló contra el costado del Pirata Negro, mientras avanzaban por el pasadizo.

Un ruido metálico procedente del cinto del siciliano, hizo que Lezama observara sus dos manos. Pero estaban sin armas.

—Es... un saco de herramientas... —bisbiseó el siciliano—. Para abrir las cubiertas...

La sala tenía el mismo aspecto que pocas horas antes ofrecía. Rino Preziosi, ante los tres ataúdes y los cuatro hachones medio consumidos, sonrió jactancioso:

—Ya dominé el miedo y ahora saldré de dudas.

Extrajo de la bolsa un útil de herrero que insertó entre las dos maderas del ataúd central. De pronto, dando un grito agudo, retrocedió presuroso, soltando el hierro y llevándose las manos al rostro.



...insértó entre las dos maderas...

—¡Un soplo helado! —exclamó, agudizada su voz—. ¡Un soplo helado!

Avanzó un paso el Pirata Negro, fruncido el ceño.

—Tan perverso sois vos deseando violar un ataúd, como quien desde dentro juega a macabras astucias. Detesto lo que estamos haciendo, pero ahora pido paz para quien dentro de este ataúd esté. ¡Forzad de una, vez!

—Recibí... recibí en el rostro un hálito frío... Salía del ataúd...

Bruscamente, introdujo Lezama la hoja de su daga en el intersticio de madera que dejaba la cubierta al acoplarse a la caja. Pero no llegó a forzarla...

Por sí sola, chirriando lentamente, la caja se abrió. En su interior, la mujer que por la tarde habían visto los cuatro aventureros, seguía inmóvil, cerrados los ojos, enigmática la sonrisa...

—Primera y última indiscreción —dijo una voz femenina, apagada—. Os juré que tengo ojos y oídos por doquier. ¡Mira a tu izquierda, siciliano!

Como hipnotizado, caído de rodillas, Rino Preziosi se cubrió el rostro con las manos cuando la cubierta del tercer ataúd rechinó y,

abriéndose, mostró un hombre en pie, sostenido contra la pared del fondo por un largo puñal que atravesaba su pecho.

—¡Tejona! —aulló Preziosi, al ver la lívida faz rechoncha e infantil del cadáver.

—Sí-habló la voz femenina —. Pagó la indiscreción que se disponía a cometer. ¡Mira a tu derecha, vasco!

El Pirata Negro dejó de mirar a la momificada. El ataúd de la derecha se abrió y Carlos Lezama reprimió a duras penas una exclamación. Temístocles, el muchacho imberbe, de hierática dignidad, aparecía muerto y clavado al igual que Imeldo Tejona.

—¡El mocito guía! —chilló Preziosi.

—Sí. Hubiese podido ser indiscreto. Sabéis, pues, ya, a qué ateneros. Os necesito, pero si cometéis una nueva indiscreción, moriréis. Idos.

—La muerte de un niño ha sido una innecesaria crueldad. Por lo que a mí respecta, no estoy dispuesto a tolerar esta sangrienta farsa. ¿De cuándo acá, es de humanos, parapetarse tras una momia para dictar órdenes? No me va ni me viene en esto, pero... tú, voz de mando, me has obligado a mirar un ataúd a tu derecha. ¿Para qué? Para mostrarme el cadáver de un infeliz muchachuelo. Ahora soy yo quien manda y perdón pido a la que fué mujer guanche heroica por poner en ella mis manos. ¡Que no he de consentir que nadie profane su retiro amparándose tras sus restos!

—¡Cuidado, vasco! —suplicó Preziosi, intentando detener al Pirata Negro, asiéndole por los hombros, mientras rechinaban los goznes de los otros dos ataúdes al cerrarse.

Zafóse del siciliano el Pirata Negro, pero inmovilizóse al oír repentinamente en el umbral de la sala una voz femenina, que increpaba:

—¿Qué hacéis, malvados, en este sacrosanto lugar?

—Tate... ¿Y vos, señora?

El Pirata Negro dió media vuelta para enfrentarse con la que, en el umbral, con mano levemente temblorosa, apuntaba a los dos hombres una pistola de doble cañón.

—¡Replicad! —apremió ella— ¿Qué hacéis, malvados, ante el profanado ataúd de “La Guancha”?

Era una mujer extrañamente vestida. Un velo blanco caía sobre sus hombros, brotando del sombrero de paja que cubría sus rubios

cabellos. Un corpiño negro moldeaba su busto. Una falda, acampanada y rayada en listas de colores, le llegaba basta los tobillos.

Su rostro era delicadamente bello, resaltando en él, los grandes ojos verdes.

—Por dos veces nos habéis llamado malvados, señora-dijo el Pirata Negro —. Y yo, sin querer incurrir en falta de galantería, os haré observar que si éste es un lugar sacrosanto, donde no pueden cometerse profanaciones, ¿cómo aparecéis en él?

—Esta casa me pertenece y la doné a mi patria como santuario donde conservar los restos de "La Guancha", su esposo y su hijo, que murieron en lucha heroica contra los españoles.

—Perdonad, entonces. Entramos aquí. —Intervino Rino Preziosi que había ya recuperado su natural disposición de ánimo al verse frente a una hermosa dama.— Vimos luz, señora. Propuse a mi compañero entrar en petición de algo para calmar nuestra sedienta garganta. El volcán da bochorno. No hallamos a nadie. Entramos... y, sin saber que éste era lugar sacrosanto, nos pasmó la visión de tres ataúdes. ¿Vos sois la dueña esta casa?

—Si. Y a caballo me dirigía hacia la ciudad de La Laguna, cuando vi en el jardín dos sombras. Por eso llegué hasta aquí.

—¿Sola y sin escolta, señora? No puede consentirse tal cosa. Dignaos aceptar la nuestra. También nosotros nos dirigimos a la ciudad lagunera. Ocultad esa pistola, señora y tened confianza en nosotros. Somos honrados capitanes mercantes... No podemos consentir que os quedéis a solas en este lugar fúnebre.

—¿Quién abrió el ataúd? —y señaló ella la caja central.

—Se abrió ella sola... ¡Os lo juro! —dijo, sinceramente, el siciliano—. ¿No es así, capitán Ibarguengoitia?

—¿Vos sois el capitán Ibarguengoitia? —y la rubia de ojos verdosos los fijó en el Pirata Negro.

—¡Y yo soy Rino Preziosi, el capitán siciliano! Hechas nuestras presentaciones, salgamos de aquí, señora. Este espectáculo.....

—Estoy acostumbrada a él, señor Preziosi-dijo ella, altivamente —. Esta es mi casa y Temístocles, un muchacho al servicio de ella, es quien muchas veces me ha acompañado cuando he venido a renovar los hachones. ¿No le vieron, señores? Es un niño de trece años...

—Está en ese ataúd-dijo duramente el Pirata Negro.

—¡“Maledetto”! ¡“Corpo di Baco”! —exclamó Preziosi—. No hagáis caso, señora, de tal chanza fúnebre. El capitán vasco es...

—Y ya que vuestra es la casa —siguió diciendo, con sequedad, el Pirata Negro, bueno es que sepáis que en otro ataúd se halla el cadáver de otro hombre, que ha poco estaba vivo.

—¡“Maldizione”! —rugió Preziosi, desenvainando su estilete y abalanzándose contra el Pirata Negro—. ¡Vas a tragar tus calumnias!

El pie del Pirata Negro se colocó bajo uno de los soportes de un hachón, lanzándolo certeramente contra el siciliano...

Cayó Preziosi arrodillado, recogiendo su estilete que había soltado al sentir la quemazón de la cera en la mano.

—¡Quietos los dos! —ordenó la mujer—. Quiero saber la verdad.

—Vuestra voz es autoritaria, señora, y también lo es la pistola. Reconoced que vuestra llegada ha sido oportunísima en cierto aspecto. Habéis llegado cuando me disponía a intentar adivinar cuál era el misterio que hacía hablar a la que, sin vida desde hace muchos años, debería reposar en su ataúd, lejos de toda intriga y ambición. El odio de los guanches hacia el español se ha extinguido ya. ¿No me comprendéis, señora? ¿Decís que es vuestra la casa?

—Sí lo es-replicó ella, brevemente, y ahora su pistola rectamente apuntada hacia el Pirata Negro no temblaba.

—Entonces ¿a vos os debemos la hospitalidad que por varios días han disfrutado tres hombres y yo sólo escasamente por una hora?

—Ignoro de lo que habláis. Esta casa, por expresa orden mía, está deshabitada...

Rino Preziosi, en pie, había envainado de nuevo su estilete.

—¡Has hablado más de la cuenta, vasco! —gritó, colérico—. No hagáis vos caso, señora... ¡Yo, no!... ¡Cuidado, señora, cuidado! —gritó, señalando hacia la espalda de la que estaba en el umbral.

La infantil treta surtió efecto. Cuando ella comprendió que no había nada tras ella, los brazos del siciliano le rodeaban el talle, impidiéndole todo movimiento.

—¡Hay que silenciar a esta intrusa! —gritó Preziosi—. ¡Mátala, vasco!

—Ahora mismo. No la sueltes, siciliano.

Un puño chocó contra la nuca de Rino Preziosi, que cayó tendido cuan largo era, boca abajo. Con la misma mano que acababa de golpear, el Pirata Negro asió la pistola que sostenía la desconocida.

—Abandonemos este lugar, señora. Lo siento, pero ahora mando yo.

Retrocedió para arrebatar de un hachón la gruesa vela, con la que alumbró el pasadizo.

—¿Conocéis la topografía de vuestra casa, señora? Tras esta habitación que acabamos de dejar, está el jardín, ¿no es así? Os invito a dar un paseo. ¿Podéis conducirme al lugar desde el cual hablabais, amparada en el cuerpo de una muerta?

—Estáis loco, caballero. No comprendo a qué os referís. Debo, sin embargo, reconocer que, por un instante, temí que vuestro compañero me diera muerte y a no ser por vuestra intervención…

—Si, como supongo, vos sois una de las que organizó esta asociación de ambiciosos sin escrúpulos, creedme que lamento no haber sido el vasco que tanto deseaba Preziosi le ayudara.

Alumbrada por la gruesa vela, siguió ella andando hasta penetrar en el jardín, obedeciendo las indicaciones que, presionando su antebrazo, iba haciéndole el Pirata Negro.

Dieron la vuelta al edificio y, en voz alta, a retaguardia, fué Lezama contando los pasos.

Se detuvo ante un resalte de la pared, donde una pequeña puerta estaba abierta. La luz de la vela alumbró mejor, cuando el Pirata Negro, sin soltar el antebrazo de la desconocida, penetró en el estrecho cuartucho.

Lanzó ella un leve grito y fijos los ojos en la pared que ante ella tenía, tambaleóse y, por fin, se desplomó desvanecida.

Dos cuerpos momificados, de alta talla y vestidos enteramente de negro, permanecían en pie, sujetos por la cintura a una tabla, junto a la pared.

Empujó el Pirata Negro una de las tablas, que dió lenta vuelta. Filtróse una claridad rojiza y quedó visible la sala donde Rino Preziosi yacía tendido en el suelo. Una varilla de acero sostenía la cubierta del ataúd y servía para abrir o cerrar la caja desde aquel cuartucho.

Las tablas correspondían exactamente al fondo de cada uno de

los ataúdes. Empujó Lezama la central, y de perfil contempló el cuerpo momificado de “La Guancha”.

En esta tabla había unos orificios. Por ellos había hablado la voz femenina...

Vió incorporarse lentamente al siciliano, que, esgrimiendo su estilete, miró a su alrededor con ojos sanguinolentos.

Rino Preziosi, visible por la abertura que dejaban los cuerpos de Imeldo Tejona por un lado de la tabla y el guanche momificado por el otro, aulló despavorido y abandonó corriendo el recinto.

Poco después, oíase un desenfrenado galopar.

Inclinóse el Pirata Negro y enlazó por el talle a la desvanecida. Salió fuera del estrecho cuarto, donde quedaron los cuerpos embalsamados de los dos guanches que habían sido respectivamente el esposo y el hijo de la heroica y salvaje defensora de su isla.

Llevó a la misteriosa mujer a través del jardín hasta dejarla reclinada contra un árbol, junto a un caballo.

Cogió por las bridas el suyo, y aguardó. La mujer rubia y vestida a la usanza campera de la isla, abrió los ojos al cabo de unos instantes.

—Fué horrible-balbuceó, asustada —Había sangre en el suelo...

—Muy sensible sois, señora. Ya no quiero profundizar más en este sucio y macabro asunto. Estáis ya en condiciones de hacer lo que mejor se os antoje. Ir a las autoridades y contar que vuestra casa es un antro de crímenes. O seguir manejando los hilos de las marionetas que pretendéis emplear para el gran juego.

—No os comprendo, caballero. Vos me salvasteis de la muerte que quería darme el otro que con vos estaba. ¿Quién sois? ¿Quién es él?

—¿A qué fingir? Cuando Rino Preziosi dijo que yo era el capitán Ibarguengoitia, vos repetisteis perfectamente este nombre que nada de fácil tiene. Yo tengo la idea de que vos sois la que hablaba desde el cuarto en el que juzgasteis muy femenino desmayaros. Si tuviera la seguridad, yo mismo, haría lo que nunca hice. Entregar a quien dió muerte a una criatura. Si vuestra mente es de loca emponzoñada por un odio insano, allá vos. Hay en vuestros ojos tanta cantidad de asombro candoroso, que ya no sé qué nueva complicación es esta. ¿Tan buena comedianta sois?

—Os juro por lo más sagrado que... ¡Creedme, os lo suplico! ¡Por

favor, decidme! ¿Es cierto que dieron muerte a Temístocles y al señor Imeldo Tejona? ¿Quiénes fueron los malvados asesinos?

—Tate, señora... Harto estoy ya de misterios. Yo no os he de delatar, porque nunca me rebajé a ello. Si... no sois lo que creo... entonces id con tiento. Vuestra vida estará en peligro... ¡Al diablo con vuestros ojos temerosos! Casi parecéis una niña inocente y asustada.

—Tengo miedo... —susurró ella—. Algo monstruoso ha ocurrido. Alguien ha empleado esta casa con fines criminosos... ¡Vos lo sabéis! ¡Vos tenéis la obligación de revelarme la verdad!

Y púsose ella en pie, nerviosa y temblorosos los hombros.

—¿Yo? ¿No os dije que estoy harto de todo esto? ¿No vinisteis sola hasta aquí? No tenéis, pues, temple cobarde. Escuchad. Una de dos: o sois una actriz consumada y me estáis engatusando, en cuyo caso, de nada de lo dicho me arrepiento, y otra mano se encargará de administraros justicia, o realmente sois lo que vuestro rostro pretende y entonces mejor haréis en pedir protección, porque lo que acabáis de descubrir, aunque no lo entendáis, pone en peligro vuestra vida. Y ahora, como también tengo hartura de semblantes angelicales encubriendo almas de pantano, no me extiendo más. Vuestro es el jardín, vuestra es la casa y vuestro es el caballo. Adiós.

La caliginosa atmósfera despedía un ardoroso vaho bochornoso. Oíase el lejano tronar del volcán...

—¡No podéis marcharos! ¡Es vuestra obligación el...

—Chitón, bella desconocida. Agradeced que, por una vez, no quiera entrometerme en este macabro retablo de momias y cadáveres. Tengo el buen gusto de declararme hastiado de ese juego malsano con cosas que deben ser respetadas. Yo iba a un baile y a él voy. Si me habéis visto, olvidadlo, que yo procuraré hacer lo mismo por lo que a vos respecta.

Montó Lezama a caballo y giró riendas. Pero al ver a la mujer desconocida dejarse caer, abatida, de espaldas contra el árbol, le irritó y aumentó su irritación oír los tenues sollozos que brotaban de la garganta femenina.

—Ojos verdes de sirena. Llanto de mujer... —masculló, ceñudo —. ¿Caerás en la trampa? Recuerda a la segunda esposa del pelirrojo madrileño. Era un ángel. Sólo le faltaban las alitas. Todo en ella respiraba candor, dulzura y bondad. ¿No envenenó a sus

propios padres? ¡Fuera con las débiles galanterías!

Espoleó su caballo y saltó la cerca del jardín. Azotó con la mano a diestro y siniestro la grupa del bruto...

—¿De qué huyes, cariño mío? —reprochóse, refrenando el galope, después de haber recorrido varias leguas por la carretera ascendente—. No has sido poco galante. Tranquilízate, imbécil. Era ella la que habló desde detrás del cadáver de “La Guancha”. ¿Cómo si no iba a aparecer tan oportunamente al expresar yo mi intención de registrar el ataúd?

Puso el caballo al paso, pero sentíase descontento. Al cabo de unos instantes, miró hacia atrás y le llamó la atención un resplandor anaranjado que nada tenía de común con el halo de luz que desparramaba el lejano volcán.

—Un incendio... —murmuró, intranquilo—. Y en la casa de “La Guancha”. Bien... Había mucha paja amontonada bajo las paredes. Arde pronto. Esta linda ojiverde y de cabellos de oro, está destruyendo la prueba de su vesania. Es su casa. Nadie puede reprochárselo... Pero me gustará verla con la tea incendiaria... Me parece que voy a cometer una grosería. ¡Sí, voy a cruzar el rostro de una hiena que por unos instantes fingió ser mujer!

A todo tren desanduvo el trecho cubierto al galope poco antes. Saltó de nuevo la cerca; las gigantescas llamas que devoraban la casa de “La Guancha”, iluminaban jardín...

La paja ardía rápidamente, cumpliendo la misión por la que previsoramente había sido colocada en grandes haces alrededor de la casa, aquel mismo día al atardecer.

De pronto, una imprecación de ira dominó el ruido de la madera al crepitar retorciéndose.

Al pie del mismo árbol donde la había abandonado llorosa, yacía la desconocida, brazos en cruz y el rostro vuelto hacia el cielo.

Las llamas cabrilleaban arrancando destellos del mango plateado del puñal que sobresalía del costado de la yaciente.

Con acrobática inclinación, recogió el Pirata Negro a la apuñalada. Espoleó de nuevo su caballo y tras saltar la cerca, lo lanzó a todo galope hacia la playa de San Andrés.

Mantenía apretadamente contra su pecho a la desconocida. Y el repicar de los cascos sobre el suelo, parecía acompasar las febriles palabras del Pirata Negro:

—Perdóname, bella niña. Yo soy el culpable de que puedas morir. No invoco tu perdón amparándome en que te creí la misteriosa urdidora de esta trama sangrienta... Perdóname porque no supe comprender que tus ojos no me mentían al pedir protección.

Obligó al caballo a entrar en el agua y saltando a bordo de la lancha que aguardaba, ordenó agitadamente:

—¡Tú aguarda con el potro, “Tirabeque”! ¡Vosotros tres, remad, remad echando los bofes!

Por la escalera tendida al costado del “Aquilón”, subió ágilmente, llevando en brazos a la mujer de cuyo costado sobresalía el mango plateado del puñal.

La sangre manchaba el corpiño y al separarse de ella para llevarla entre sus brazos ante él, en la negra camisa quedaron visibles las huellas de la vida que se escapaba de la agonizante...

Mireya de Ferjus, en la sala capitana, palideció angustiada al ver el semblante contraído en ira del que, dejando sobre el diván el cuerpo femenino, rasgó lateralmente el corpiño, gritando:

—¡“Fierabrás” y sus ungüentos! ¡Pronto!

“Cien Chirlos” desapareció corriendo para regresar poco después empujando a un soñoliento pirata que portaba un cofre.

—¡Hierba y algas, “Fierabrás”! Prepara el emplasto del bálsamo. ¡Presto! Rasga hilas, guapetón. Esta mujer no puede morir... ¡porque yo la he matado! ¡No puede morir!

Mireya de Ferjus, horrorizada, dió un paso atrás. Pero su instinto le advirtió que no podía ser verdad lo que oía.

Valientemente, aunque sentíase próxima al mareo, avanzó, ayudando a sostener a la exánime, mientras el Pirata Negro procedía a hacer la cura cruenta, donde el vinagre y la sal eran los primeros ingredientes.

Una vez aplicado el emplasto y vendado el torso de la desconocida, el Pirata Negro contempló como su esposa, mantenía contra su regazo la cabeza rubia que desparramaba sus cabellos de oro, privada ya del encierro del velo y el sombrero.

—Puedes ya irte, “Fierabrás”. Y si tus hierbas no actúan... prepárate a ir al fondo del mar en busca de mejores. Irás lastrado con una bala de cañón en los pies para que puedas recoger buena cosecha.

Arrodillóse de nuevo junto a la desconocida, pero fueron las manos de Mireya de Ferjus las que aplicó contra su frente ardiente.

—Por vez primera dejé a un ser indefenso ante el peligro que rondaba. Si muere, será por mi culpa. La creí autora de la macabra intriga cuyo misterio no quise profundizar, y por eso la dejé abandonada. Durante mi ausencia alguien quiso silenciarla, demostrando con ello su inocencia.

—¿Mandas algo, señor? —preguntó vacilante “Cien Chirlos”.

Levantóse el Pirata Negro, señalando a la que yacía sostenida por Mireya de Ferjus.

—Dentro de dos horas, tú renovarás el emplasto. Apenas le queda aliento a esta mujer...

—Sanará, señor, porque aunque perdió mucha sangre, tú impediste que se desangrara, al no quitar el puñal de la herida. Y si la hoja no le segó la vida, al tú quitarla para empezar la cura... ya pasó el peligro.

—Ella es una mujer, y no un pirata avezado a cuchilladas. Atiende a la maniobra de levar anclas que realizarás tan pronto baje a tierra.

Salió “Cien Chirlos”, y el Pirata Negro llevó a la herida hasta un camarote donde la depositó encima del lecho.

—¿Qué debo hacer mientras dure tu ausencia? —preguntó Mireya, instalándose junto a la cabecera.

—¿Por qué supones que voy a ausentarme?

—No sólo por la orden que diste a tu lugarteniente sino también porque sé que no regresarás hasta dar justo castigo a quien intentó matar a una mujer desvalida.

—No me juzgues un caballero andante, Mireya. Voy a tierra, porque deseo ya descubrir a quien pertenece la mente diabólica que no vacila ante los peores crímenes. Creo que va a resultar un baile divertidísimo el que tiene lugar en estos momentos en la ciudad lagunera. Los tres negreros invitados, me darán cuenta de sus pasos en la hora en que ardía la casa de “La Guancha”.

Besó a Mireya, y la contempló con sonrisa conmovida:

—La Biblia no hablaba de la mujer comprensiva, Mireya.

—Pero sí de la que merece la reprobación con sus preguntas inútiles. Sólo una quiero hacerte: no he asistido nunca a una persona malherida, y no sé qué cuidados debo darle. ¿Qué haré si

percibo algo que no entiendo?

—Llama a “Fierabrás”. Bastará que grites su nombre y él acudirá, porque ordenaré que esté al alcance de tu voz. ¿Por qué todas las voces femeninas no han de tener la melodía bondadosa que la tuya posee?

Instantes después, en la playa, “Tirabeque” entregaba al Pirata Negro las riendas del blanco corcel, cuya brava figura arrogante perdióse por el sendero, camino de la ciudad de La Laguna.



42

Tres joyas...

DE LA MODERNA LITERATURA DE AVENTURAS

~



Valiente como un león, ágil como un leopardo. Siempre con la sonrisa en los labios, enamoradizo y romántico caballero, noble y generoso señor, combate sin cuartel a los traidores, los corsarios y los delincuentes de mar y tierra.

TITULOS PUBLICADOS

1. La espada justiciera.
2. La bella corsaria.
3. Sucedió en Jamaica.
4. Brazo de hierro.
5. La carabela de la muerte.
6. El Leopardo.
7. Cien vidas por una.
8. La bahía de los tiburones.
9. El corso maldito.
10. Rebelión en Martinica.
11. Los filibusteros.
12. La primera derrota.
13. La dama enmascarada.
14. Los tres espadachines.
15. Los mendigos del mar.
16. El Rey de los Zíngaros.
17. Noches fantasmales.
18. Montbar, el exterminador.
19. La tumba de los caballeros.
20. Frente a frente.
21. Esclavitud y rescate
22. Deuda saldada.
23. El holandés fantasma.
24. "Mezzomorto".
25. Mares africanos.
26. Enemigos irreconciliables.
27. La ciudad invisible.
28. El capitán Lezama.
29. Contra viento y marea.
30. Manopla de terciopelo.
31. El caballero errante.
32. Sucedió en Sevilla.
33. La tizona toledana.
34. Máscara de flores.
35. Angus el tenebroso.
36. La furia española.
37. Dos españoles en París.
38. Intriga macabra.
39. La mujer vampiro.
40. El castillo de Civry.
41. Los cuervos.
42. Odisea en Italia.

DIEGO MONTES

El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo.

TITULOS PUBLICADOS

1. El bandolero heroico.
2. Claveles sangrientos.
3. El toro.
4. Malatesta.
5. La duquesa y el bandolero.
6. El galán de la muerte.

EL CRUZADO

Con sus superhumanas proezas, es indudablemente el héroe de todos preferido.

TITULOS PUBLICADOS

1. La muerte llama la muerte.
2. La mano del cadáver.
3. La tumba del Gran Duque.
4. El garito siniestro.
5. El fantasma del castillo.
6. El traidor Kovarski.
7. Progrom sangriento.
8. Los piratas del Mar Caspio.

Episodios prodigiosos... obsesionantes intrigas... amores borrascosos... Personajes devorados por ardientes pasiones, moviéndose en los más diversos y fascinantes escenarios. Una sorpresa en cada página... Un interés que crece y crece... son las características de estas tres obras excepcionales en su género, que presenta

Editorial Bruguera

Un volumen quincenal sólo cuesta TRES pesetas

Notas

[1] Ver 'Los cuervos' (Vol. núm 41). < <